

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 224
ISSN: 0188 - 381X

O
N
I
Z
A
D
O
S





punto
de partida

No. 224

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers
Rector

Jorge Volpi Escalante
Coordinador de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Redacción: E. Ramírez
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Diseño y dirección de arte: Jonathan Guzmán
Asistencia de diseño:
Vera Granados Orendain
Difusión: Axel Alonso
Impresión en offset: Litográfica Ingramex,
S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P_departidaunam

 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.

NOVIEMBRE — DICIEMBRE

EDITORIAL

SUEÑO

CARRUSEL

TINTA SUELTA

Editorial 5

Desde una habitación en el castillo de los 280
caracteres. Jerome Silva 8
Sueño a un lado de la carretera. Mauricio Mejía Romero 10
El sonido de la noche. Montserrat Rodríguez 16
Sardinas. David Anuar 18
William before Shakespeare. Guly Miller 19
Sueños y profecías. José Leonardo Solano Marcial 30
Retrato de una voz. Maximiliano Sauza Durán 33
Yo, Lemuria. Mónica Vázquez Sámano 40
Sospechas. Joaquín De la Torre 41
Noctámbulo. Gustavo Ramírez 42
Revelación. Myrna Caballero 48
¿Con qué sueñan los muertos? Ramón Alberto Rangel Flores 49

Glosolalia. Franco García 52
No hay finales felices. Zoe Castell 53
Mujeres de la tierra: los surcos de la esperanza 58
A París por Madrid. Luisa Valenzuela 65
El miedo es blanco. Daniel Ochoa 68

Rupestre. Santiago Moyao 71

Colaboradores 75

© Jorge Cluis



Abigail Li'k (Ciudad de México, 1994).
Artista visual y diseñadora gráfica independiente. Egresada de la FES Acatlán UNAM. Ha colaborado en proyectos de enfoque psicoterapéutico y en la creación gráfica de talleres en el Museo Nacional de Antropología.

Instagram: [abigailik.aire](#)

Instagram: [alikedoscopica](#)



CONTRAPORTADA



Brenda Soto (Estado de México, 1997). Activista. Cursa la licenciatura en Estudios Latinoamericanos en la FFyL UNAM. Escribe crónica y poesía, y hace collage.



Editorial

Nada de este año fue lo que esperábamos. Este súbito giro, que trastocó todas las caras de nuestros días, nos empuja a soñar con mejores futuros, urgentes. El tiempo ha confirmado que el universo onírico y el literario comparten ese extraño don de la premonición; en ambos es posible figurar todo, o casi todo: lo más luminoso y lo más oscuro de nuestra humanidad. En un espacio habitado por la contradicción —irreal en su borroso aparecer, tan propio e individual como ajeno por su extrañeza— converge un sinnúmero de dimensiones, proyecciones de deseos y temores que la conciencia nos oculta, acaso en un discreto intento para protegernos de nosotros mismos. Este número, vertebrado por el tema SUEÑO, es una muestra de ello. Sus páginas nos sumergen en sueños con voces sofocantes, revelaciones trágicas, pesadillas que acechan e ilusiones; en ellas se atisban algunas notas alegres y esperanzadoras, pero también se revela que seguimos en el tono de las que Baruch Spinoza llamó “pasiones tristes”.

Dan inicio a esta edición seis poemas breves de Jerome Silva que llevan por título “Desde una habitación en el castillo de los 280 caracteres”. “Sueño a un lado de la carretera”, de Mauricio Mejía Romero, es una historia terrorífica en la que una habitación se apodera de su huésped. Montserrat Rodríguez se mantiene en el tono oscuro que recorre este número al retratar la angustiada búsqueda de lo ausente en “El sonido de la noche”, fragmento de su novela inédita *Esta ciudad lleva su nombre*, mención honorífica en el Premio Binacional de Novela Joven Frontera de Palabras 2019. “Sardinas” de David Anuar y “¿Con qué sueñan los muertos?” de Ramón Alberto Rangel Flores son dos poemas con ecos entre sí, dos caminos distintos entre el sueño y los senderos de la muerte. “William before Shakespeare”, de Guly Miller, es una breve obra dramática que pone en escena a la ambición, “la sombra de un sueño” que, en esta historia, fue augurio y condena.

Continúan el *dossier* los “Sueños y profecías” de José Leonardo Solano Marcial, una serie de instantáneas enigmáticas y desconcertantes. En “Retrato de una voz”, Maximiliano Sauza Durán baraja los susurros del sueño y de la memoria con la búsqueda y la invención para trazar las piezas perdidas de una vida hecha de otras vidas. Sigue el poema “Yo, Lemuria”, de Mónica Vázquez Sámano, que alude a lo que sólo en sueños pudo haber existido. Joaquín De la Torre le da un contraste al tono predominante de este número con su minificción “Sospechas”, en la que el despertar de la vida se acompasa con el alba. La antepenúltima colaboración del *dossier* es “Noc-támbulo”, cuento en el que Gustavo Ramírez narra la pesadilla en que se convirtió el viaje del protagonista tras una revelación inesperada. Myrna Caballero cierra esta parte con “Revelación”, texto en el que, por fin, los sueños felices se hacen realidad.



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ENTREVISTA



RESEÑA



DRAMATURGIA



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA

El Carrusel inicia con “Glosolalia” de Franco García, quien también es autor del aforismo de *A Contraluz*, postal ilustrada por Sofía Lupercio Macias. Le sigue un *Heredades* pertinente para los tiempos que vivimos: Zoe Castell recuerda a Toni Morrison y el valor de su obra en “No hay finales felices”. Para este *Entre Voces* conversamos con algunas integrantes de *Mujeres de la tierra, mujeres de la periferia*, una colectiva que trabaja para concretar sus sueños: independizarse económicamente de sus agresores y sanar las heridas que éstos han dejado en sus vidas. En *Bajo Cubierta*, Luisa Valenzuela reseña los *Diálogos con Elena Garro. Entrevistas y otros textos*, editados por Patricia Rosas Lopátegui. Por su parte, Daniel Ochoa nos habla sobre *Mandíbula*, la tercera novela de Mónica Ojeda.

Las páginas de *Tinta Suelta* alojan el cómic “Rupestre”, de Santiago Moyao, y la parte gráfica corre a cuenta de Brenda Soto, Abigail Li’k, Ivan Fdez, Xochipilli Tovar, Ely Granados, Natanahel Lozada “Sr. Ajolote” y Shakti González.

A guisa de recordatorio, Spinoza decía en su *Ética* que sólo transformando las pasiones tristes en alegres potenciamos nuestra capacidad de hacer, de mantenernos en la vida. Dejamos esta edición en sus manos y una interrogante: ¿sus sueños, queridas y queridos lectores, también producen monstruos? 

Aranzazú Blázquez Menes

SUEÑO





Desde una habitación en el castillo de los 280 caracteres

JEROME SILVA

Zzz

1

He vuelto a subir por la torre oeste del castillo hasta llegar a su alcoba para volver a ver la maravillosa lámpara de lava en su mesita de noche.

2

Estoy cansado de este sueño donde soy un animal racional, cuando despierte espero estar en aquella roca junto al fuego.

Tareas

1

¿Dónde estarán todas esas maquetas de volcanes, de selvas con tundras y taigas, todos esos animalitos de plástico?

2

En la clase de una de mis hermanas hay una niña que cree que la Tierra es plana y también un niño, Moisés, que cree que somos el sueño de un duende.



FX

Ahora que lo pienso bien, mi gatito no sabe lo que es llorar, nunca ha visto a nadie hacerlo. Solamente ha visto el llanto en las películas y piensa que son tan sólo efectos especiales.



El príncipe Harry y yo nos parecemos en algo, ambos queremos olvidarnos de la vida Real.

Virtualove

Hay cientos de corazones rojos brotando de tu dedo ♥ que en Instagram se rompen y se disuelven intentando formar parte de una deidad digital del amor.

Mario Kart

Sólo la princesa y yo nos quedamos en la línea de salida. Ninguno de los dos mostró interés en ganar (otra vez) la Copa Especial. Sólo hemos venido hasta aquí a contemplar el maravilloso paisaje de Rainbow Road.



Sueño a un lado de la carretera

MAURICIO MEJÍA
ROMERO

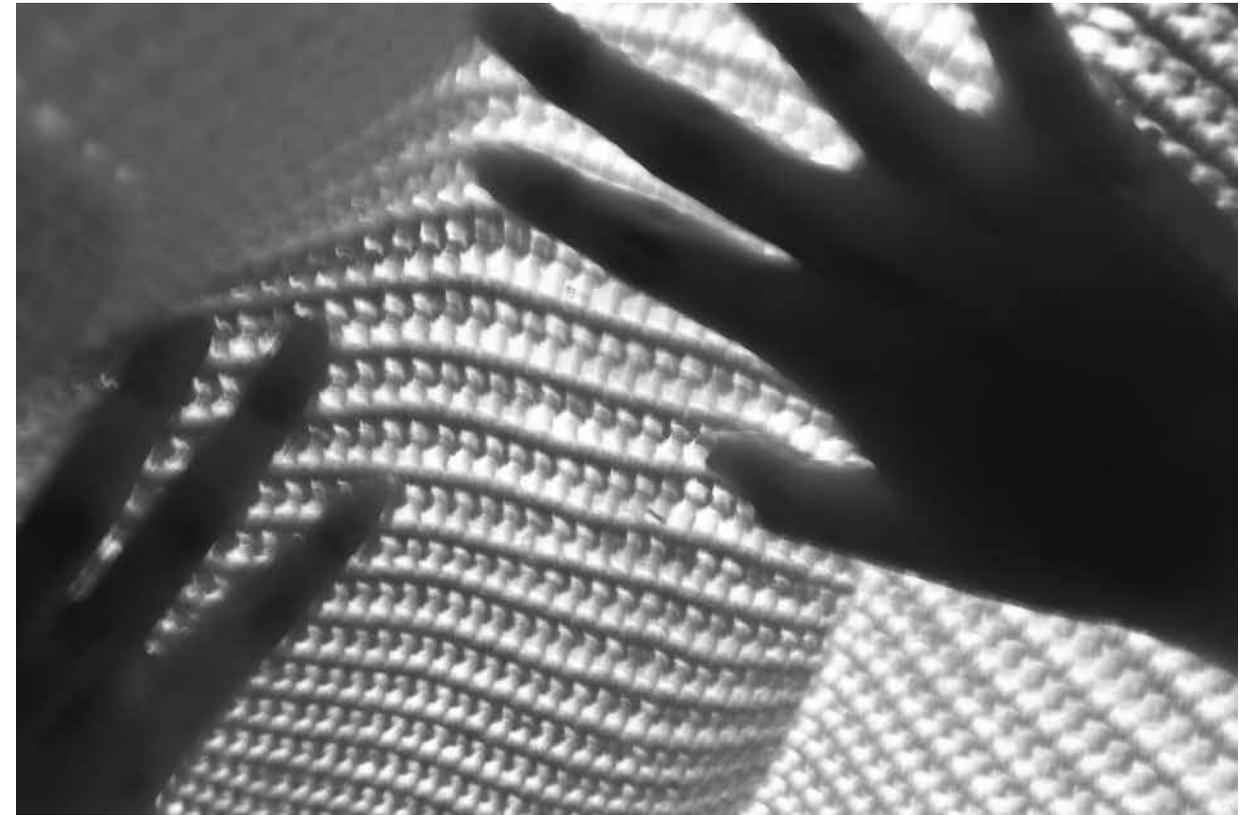
 Ely Granados. De la serie
Ancla corporal

¿Conocéis esa sensación atroz de fundirse, de perder todo vigor para fluir como un arroyo, de sentir que nuestro ser se anula en una extraña licuación como si se hallase vacío de toda sustancia?

Emil Cioran, *En las cimas de la desesperación*

Mientras conducía por una recta y larga carretera, Andrés aprovechaba la ausencia de autos para desviar de vez en cuando su mirada al océano, sobre el cual el sol descendía lentamente, tiñendo el cielo de un naranja rojizo mientras que, del otro lado, el gris se ensombrecía hasta perderse en la silueta oscura de las montañas y rocas que custodiaban el camino; frente a él, la carretera se extendía hasta perderse de vista, sólo algunas ligeras curvas sorteaban una entrada de agua e interrumpían el paso monótono del casi desierto camino en el que sólo ocasionalmente encontraba algunos coches a su paso. Acostumbrado a las carreteras del centro del país, sinuosas y contenidas por ciudades, pueblos y paradas de descanso que iluminaban el entorno haciendo imposible que la oscuridad dominara el horizonte, le fascinaba a la vez que lo intimidaba aquella carretera en la que podía avanzar kilómetros sin cruzar vestigio alguno de civilización que no fuera el mismo camino. Durante el día había llegado a ver alguna casa o construcción a lo lejos, pero en ese momento, mientras la oscuridad comenzaba a cubrirlo todo y los haces de luz que proyectaban los autos cortaban la noche sin dispararla, las construcciones parecían haber desaparecido, y sólo de vez en cuando algún breve destello lo sacaba de aquel estado de opresión. Llevaba conduciendo cerca de 20 horas, y aunque se había detenido un par de ocasiones para descansar, la rígida postura que demandaba el auto hacía estragos en su espalda; los párpados cada vez le pesaban más y su visión comenzaba a nublarse debido a la falta de sueño. Pensó en detenerse en la próxima ciudad o pueblo para descansar y comer algo; sentía el estómago vacío y revuelto a causa de la cafeína y el tabaco, que habían sido su único sustento durante las últimas horas, pero sabía que no debía de estar tan lejos y que posiblemente en unas dos o tres horas estaría llegando a Los Cabos. Pero los tramos de oscuridad entre los destellos de luz comenzaban a alargarse, y ya había recorrido un buen tramo desde la última vez que vio otro coche; le parecía que el auto avanzaba más despacio a pesar de que el indicador de velocidad no bajaba, y tuvo la extraña y ridícula sensación de que los kilómetros, de alguna forma, se extendían.

De pronto, una luz en el tablero le indicó que una de las llantas se encontraba peligrosamente baja. Maldijo. Mientras planeaba pararse en la primera gasolinera que



encontrara, comenzó a temer que no pudiera llegar a causa de la llanta; sin embargo, como en medio de aquella oscuridad no podía pararse a revisarla, siguió conduciendo, con el creciente temor de encontrarse en una carretera desconocida, en un auto ajeno con una llanta baja, sin pila en el celular y sin nada más que negrura a su alrededor. Por ello suspiró con alivio cuando divisó a lo lejos unas luces a un lado de la carretera; al acercarse vio que era un pequeño sendero que se separaba de ella y que llevaba a un viejo hotel de paso cuyo letrero tenía algunas luces fundidas. Tomó el sendero y se estacionó en el aparcamiento desierto.

El alivio que sintió al bajarse del auto y estirar sus adoloridos miembros casi lo hizo olvidar el motivo de su parada, pero pronto se percató de que, en efecto, la llanta se encontraba baja de aire, y tras una breve inspección bajo la poca luz que le brindaba el hotel, encontró un pedazo de fierro clavado en ella. Caminó hasta la cajuela con la esperanza de encontrar una llanta de refacción, pero maldijo al ver una considerablemente más delgada con un letrero rodeado de franjas amarillas y negras, que indicaba que esa llanta de emergencia era incapaz de correr a más de 80 kilómetros por hora o en carretera. Quizá se hubiera arriesgado si se tratara de su coche, con el que se



sentía familiarizado, pero con uno rentado y en una zona desconocida consideró que sería muy peligroso intentarlo. Además, el cansancio que sentía era tanto que suspiró aliviado al pensar que no podría cambiar el neumático en ese instante, por lo que cerró el coche y se dirigió a la entrada.

El hotel no era muy grande: tenía sólo dos niveles, acaso diez habitaciones —calculó—, y por las puertas que podía ver dudaba mucho que aun en sus mejores días se encontraran llenas. Pintado de un feo y opaco color naranja, estaba semiiluminado por el destello del letrero de neón, un pequeño foco en la entrada de cada cuarto y otros más grandes colocados en la entrada de cristal que daba a una habitación con una puerta de madera tras el mostrador. Intentó empujar la puerta pero se encontraba cerrada, por lo que golpeó con los nudillos el cristal hasta que un señor bajo, moreno y un poco gordo salió por la puerta de madera, cruzó el mostrador y abrió la de cristal lo suficiente para poder sacar la cabeza.

—¿Se le ofrece algo?

—Disculpe —respondió tras un ligero malestar ante el tono grosero del dependiente—, se me ponchó una llanta y no puedo cambiarla; el coche es rentado y sólo tiene la llanta de emergencia. ¿Conoce usted algún mecánico que pueda venir con una llanta de repuesto para cambiarla?

—¿No puede llamarle a la compañía donde lo rentó?

—Lo renté en Tijuana. Incluso si accedieran a venir tardarían demasiado en llegar.

—No hay ningún mecánico que pueda venir a esta hora. Tendrá que esperar a la mañana.

Aunque ya sospechaba esa respuesta, sintió un peso que caía dentro de él; tanto el tono grosero como el inexpresivo rostro del señor le habían causado una mala impresión, pero no podía quedarse a la intemperie en una carretera que no conocía y tampoco podía llamarle a nadie, por lo que preguntó, entre resignado y aliviado por no tener que seguir conduciendo:

—¿Tiene alguna habitación disponible?

Abrió la puerta, alzó el brazo hacia el interruptor que había alcanzado a ver con la poca iluminación que proveía el foco del pasillo y encendió la luz del cuarto para contemplar desde el umbral el triste interior: una pequeña habitación con una cama matrimonial sencilla, una lámpara de pie, una mesa de noche y un tocador con espejo; todos descuidados, con la pintura opaca, una delgada capa de polvo que cubría la superficie y un desagradable olor a humedad que envolvía el cuarto a pesar del calor seco del ambiente. Entró y dejó la maleta en la cama, al voltear al espejo dio un salto porque vio reflejada una enorme mancha roja, salpicada en la pared, que escurría hasta la cabecera de la cama, tiñendo las sábanas. Andrés se giró, pero quedó petrificado al encontrar la cama y la pared limpias; con el pulso acelerado volteó al espejo, donde no encontró rastro alguno de lo que había visto. Cerró los ojos por un instante y sacudió la cabeza mientras sentía su pulso desacelerarse. “Tengo que dormir”, pensó. Sintió los párpados más pesados que nunca y, apenas se acostó en la cama con la ropa puesta, cayó en un profundo sueño.

Al instante —o eso le pareció a Andrés—, abrió los ojos. Miraba el techo de la habitación del hotel y pensó que sólo debía de haber dormido un par de minutos; eso no le molestó. Sentía que no había nada que pudiera perturbarlo en ese momento. De alguna forma había desaparecido la animadversión que sintió al entrar en aquel feo hotel, incluso comenzaba a sentirse cómodo, con una extraña sensación de familiaridad. La cama, que antes le había parecido incómoda y vieja, ahora se amoldaba con facilidad a su cuerpo, y cuando volteó a su izquierda notó que el viejo mobiliario se veía nuevo, sin la pintura descolorida, y que las paredes tenían un intenso color anaranjado. La habitación, en su conjunto, lucía alegre, con cierta frescura que denotaba novedad. Pero eso sorprendió a Andrés aun menos que el haberse despertado tan rápido. Sin embargo, quería volver a dormir, pues imaginaba el resto del camino que le quedaba por seguir, además de que no quería esperar el amanecer en aquel lugar sin hacer nada. Aun así se levantó y comenzó a vagar por la habitación. Fue entonces cuando sospechó que algo estaba mal. No tenía nada que ver con el cuarto renovado, que en realidad no le había interesado, y tampoco se trataba de lo insólito de la situación. Era él: no deseaba moverse, no lo intentaba y, sin embargo, lo hacía. Caminaba cuando quería acostarse y deambulaba cuando sabía que debía dormir. Sus piernas no respondían a sus esfuerzos para dirigirse de nuevo a la cama y acostarse. Intentó moverse con desconfianza pero no sólo eran sus piernas: había perdido control de su cuerpo; algo más lo controlaba, ¿o acaso se controlaba a sí mismo? Su mente y su cuerpo se habían dissociado, mas no separado: podía sentirlo aunque ya no ejerciera ningún

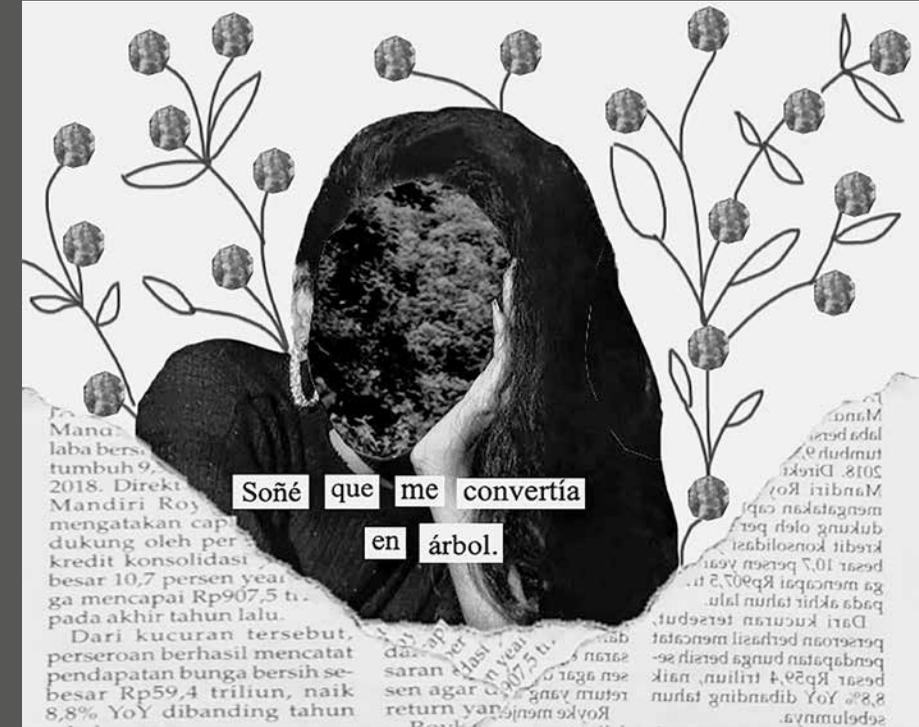
tipo de control sobre él. Intentó gritar pero no sintió que su boca se moviera y tampoco generó sonido alguno; la cabeza comenzó a darle vueltas y sintió una presión cerca de los ojos, como si las lágrimas que necesitaba derramar no pudieran salir de un cuerpo que ya no era enteramente suyo.

Sin que él la mandara, su mano se elevó para tocar la fría pared de cemento y se percató de que, aunque no podía controlarla, conservaba su sensibilidad. Sentía la presión que ejercía en cada paso y el contacto con las superficies, percibía el gélido aire que llenaba la habitación y oía el canto de unos grillos a lo lejos, veía sin que pudiera alterar la dirección o incluso controlar sus parpadeos; en un par de ocasiones sus párpados se cerraron por unos segundos, y tuvo que soportar en la oscuridad total sin saber si volvería a abrirlos. El pánico lo dominaba aunque su pulso permaneciera tranquilo, lento incluso. Sentía la necesidad del llanto mas éste no acudía a sus ojos. Sin buscarlo, sus pasos se detuvieron frente al tocador y su mirada se dirigió al espejo que le regresó su propia imagen. Casi había esperado encontrar otra cosa, a alguien más, pero era él. Escudriñó sus ojos, en los que no halló nada extraño o ajeno. Era su mirada, embargada por algo que no sentía, pero que reconoció al instante: tristeza. ¿Estaba muerto?

No podía ser. Sentía su cuerpo moverse y reaccionar al entorno, así como el palpar de su corazón. Pero también comenzaba a sentir otra cosa que surgía de la angustia que lo dominaba y que, sin disminuirla, se hacía más intenso. Era una suerte de impulso completamente distinto al que le dictaba la disociación de su cuerpo. Era casi un dolor físico que podía ubicar con cierta ambigüedad, que subía por su estómago y se ensanchaba en el pecho. Entonces se percató de que estaba llorando, pero no con la intensidad ni la desesperación que sentía; apenas una lágrima cruzaba su mejilla y, sin que su mano la cortara, caía en su pecho. Quería gritar; lo intentaba, y cada vez que creía que sus pulmones se ensanchaban para hacerlo volvían a exhalar con tranquilidad, dejándolo tan sólo con ese peso insoportable y con esas lágrimas que no logran consolar su pesar porque no respondían a él.

Bajó la mirada al tocador de madera, abrió el cajón y vio una pequeña pistola. La tomó: el frío metal le provocó un sobrecogimiento terrible, pues albergó la esperanza de que no fuera real lo que veía; pero ahí estaba, la sensación en su palma. Abandonó el espejo sin dejar de mirar el arma que sostenía y que luchaba por soltar, llegó a la cama, se sentó para contemplar la pistola mientras aquel impulso en su interior crecía y, a pesar del terror que lo dominaba, parecía encontrar suficiente espacio en él para expandirse. Fue entonces cuando comprendió qué era aquel impulso autolítico que comenzaba a dominarlo. Subió las piernas a la cama y recargó la espalda en la pared, levantó el rostro y se encontró de frente en el espejo, donde, a pesar de ser idéntico en todo sentido, dejó de reconocerse, pues no había nada en su expresión que pudiera relacionarse con lo que sentía, que se acrecentaba mientras veía cómo alzaba su brazo doblándolo hacia sí, y entonces sintió el frío metal en sus labios, chocando con sus dientes, y el ácido sabor en la boca.

Un estallido resonó en medio de la desierta y oscura carretera. **P**





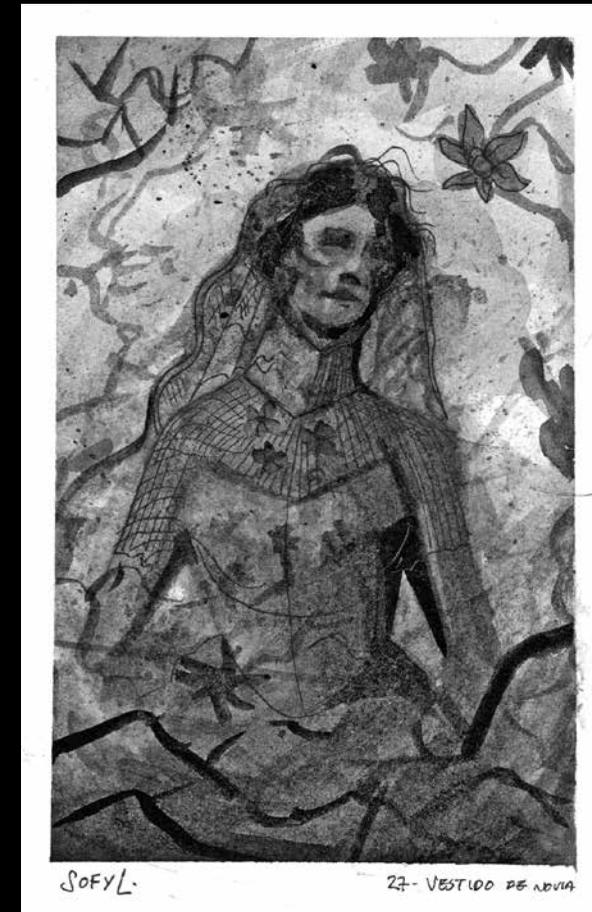
El sonido de la noche

MONTSERRAT RODRÍGUEZ

Decide invocar a su hija. Se pone el perfume de lirios que ella le regaló hace algunos años y que solamente ha usado en ocasiones especiales. Necesita llamarla. Hacerla regresar con un camino de flores expectantes y pistilos atentos. Decide invocar a su hija, entra a su cuarto. Se acuesta en la cama destendida, su cuerpo enmarcado por la silueta que dejó Vanesa en el colchón. Es casi un abrazo. Está a oscuras, no quiere ver las marcas de los días previos a la ausencia. No quiere verse a sí misma ni darse cuenta de que tampoco está en esa habitación, de que el perfume de lirios se ha evaporado casi por completo del frasco ni de que nada volverá a ser igual.

Se ha quedado dormida. Bajo sus párpados, dos globos oculares. Protegidos. Moviéndose frenéticamente, buscando. En el sueño es de mañana, está en el comedor, se ha levantado temprano para alcanzar a Vanesa antes de que se vaya a la escuela, le ha preparado el desayuno. Está lista, esperando a que salga del cuarto. Lista. Esperando. Pero entonces el tiempo comienza a ensancharse, se hace tan denso que sus bordes forman el sonido de una voz profunda. Ésta le dice que revise el cuarto de su hija; que abra la puerta, pues algo más la está esperando. No alguien: algo.

La voz comienza a dominar el sueño. Lenta. Sofocante. Ella intenta no escucharla. Intenta concentrarse en Vanesa, decirle que llegará tarde a la preparatoria. Las palabras no salen. Se le escapan de la boca. Resbalan. Cada letra se estrella dejando una mancha en el piso de la cocina. Vanesa, repite, y más sílabas ensucian el suelo. Repite el nombre de su hija varias veces hasta que su lengua desaparece cayendo al lado de todas las *Va* y las *ne* y las *sa* que pronuncia. Horrorizada observa cómo su lengua se reuerce, le salen escamas y, como un pez fuera del agua, va muriendo poco a poco. Luego siguen sus dientes: crujen, tiritan agresivamente. En ese reiterativo movimiento por encontrar respuestas se le despelleja la parte inferior de los labios. Es feroz la insistencia, no desiste, la sangre que aparece en su boca le indica que hay que avanzar. Recoge su lengua sin importar las convulsiones de la carne y la mete en la bolsa de su pantalón. Necesita moverse, llegar hasta el cuarto de su hija y despertarla de una vez por todas. Agarrándose de los muebles para encontrar apoyo, atraviesa la cocina, el pasillo, abre la puerta. Silencio. Adentro todo está limpio, la cama tendida. Hay luz. Se acerca en busca de señales, arrugas en la sábana: contacto humano. Se acerca pero una forma en la ventana la distrae, jala su



Sofía Lupercio Macías. *Vestido de novia*

vista. Es Vanesa caminando, desorientada, alejándose de la casa. No puede gritarle, llamarla. Su boca se ha vuelto un hueco inservible. No hay ruido, sólo aire pasando. Decide correr. Ir tras ella hasta tocarle el hombro. Hacer que se dé vuelta, decirle que la ha estado buscando. Decirle que tiene que volver. Decirle. Pero no llega, no la alcanza. Vanesa cada vez más pequeña. Lejana. Ella cada vez más cansada. La boca amarga, seca con el sonido de la noche. Los postes de luz aparecen, delimitan la sombra de su hija. Atrapada. La conducen a ese lugar donde las calles no tienen salida ni señalamiento. Donde su hija seguirá andando sin poder regresar. No puede correr más. Siente su cuerpo desplomarse, su quijada irse contra la banqueta.

Helada, grita. Se destraba. Despierta. El nombre de Vanesa revienta las paredes, inunda la casa, debilita los cimientos. Se desploma todo alrededor de la cama. La madre no puede moverse, ya no grita, sólo siente las lágrimas cayendo por las sienes.

Y unos dientes entumidos de tanto tiritar y tanto dolor. 

* Fragmento de *Esta ciudad lleva su rostro*, mención honorífica en el Premio Binacional de Novela Joven Frontera de Palabras 2019.



Sardinas

DAVID ANUAR

Tengo un puñado de sardinas en la mano.
Sus cuerpos palpitan, escamosos.

Mi padre arroja las tarrayas del sueño
y yo trato de ir hacia él.

Entre mis dedos las sardinas coletean,
buscan un resquicio, un derrotero hacia el mar.

Mi padre se sumerge en el agua
y regresa a la superficie con un hervidero.

Las sardinas caen hacia la arena
y yo me siento descender hacia el océano de la cama.

Hace mucho que no pescamos, mi padre y yo.
Él siempre va por delante, caminando hacia otra costa.

Observo en el reloj la hora y la noche me cobija.
Entre mis manos hay una escama y la certeza de haber visto a mi padre.



William before Shakespeare

GULY MILLER

BANQUO: [...] Pero mira que a veces el demonio nos engaña con la verdad, y nos trae la perdición envuelta en dones que parecen inocentes. [...]

MACBETH: [...] el sueño que teje la enredada manga de las penas; el sueño, alivio de la dura fatiga; bálsamo de las mentes heridas, segundo plato de la Naturaleza, primer alimento del festín de la vida.

William Shakespeare, Macbeth

I.

Año 85. Cuarto, primeras luces del amanecer.

ÉL: Tengo los pies mojados y llenos de lodo, la niebla espesa no me deja ver más allá que un brazo de distancia. Sé, por la luz gris, que está por amanecer, pero... Siento frío, tengo rígido el cuerpo. Quiero correr... Mis piernas no se mueven. Estoy atrapado... Entonces, unos ojos. Alguien me mira, ¿dónde?... Estoy solo... Mis pies. Sí, están atascados en el lodo y no puedo moverme nada. Nada... Entonces, a lo lejos, una sombra... Se mueve, viene hacia mí... Me golpeo las piernas, tiemblo, tengo la garganta hecha nudo. Grito. ¿Se le puede llamar voz al silencio que sale por mi boca?... Tres sombras. En sincronía, hacia mí... ¡No, no! ¡Espera! Déjame seguir... Más cerca. Más cerca. Más cerca. Más cerca de mi voz muda, de mi cuerpo inmóvil, de mi horror. Tres... sombras... Eso son. De cerca sus rostros no son más que estudios, ¿me entiendes? Sus rostros son como esos bocetos de artistas que no se concretan, que no llegan a nada, y que son temblorosos, sucios, imprecisos. Así ellas. Parpadean y cambian sus ojos, sus bocas, todos sus rasgos... Sé que huelen mi miedo. Nos observamos... Te digo, Anne. Por un pequeño lapso nos quedamos quietos y siento que sus rostros son claros, tan claros como el horror del universo contenido en su cuerpo. Trato de fijarlo y... No, Anne. Son eso, sombras. Bocetos que algún pintor no terminó y que están incompletos, desproporcionados, deformes... En fin. Me observan y yo las observo. Y en eso, su cuerpo negro e impreciso me reverencia, y luego la sombra de en medio, con cara salvaje, exclama, con una voz muy acorde a su apariencia: "¡Salve, maestro Shakespeare!".

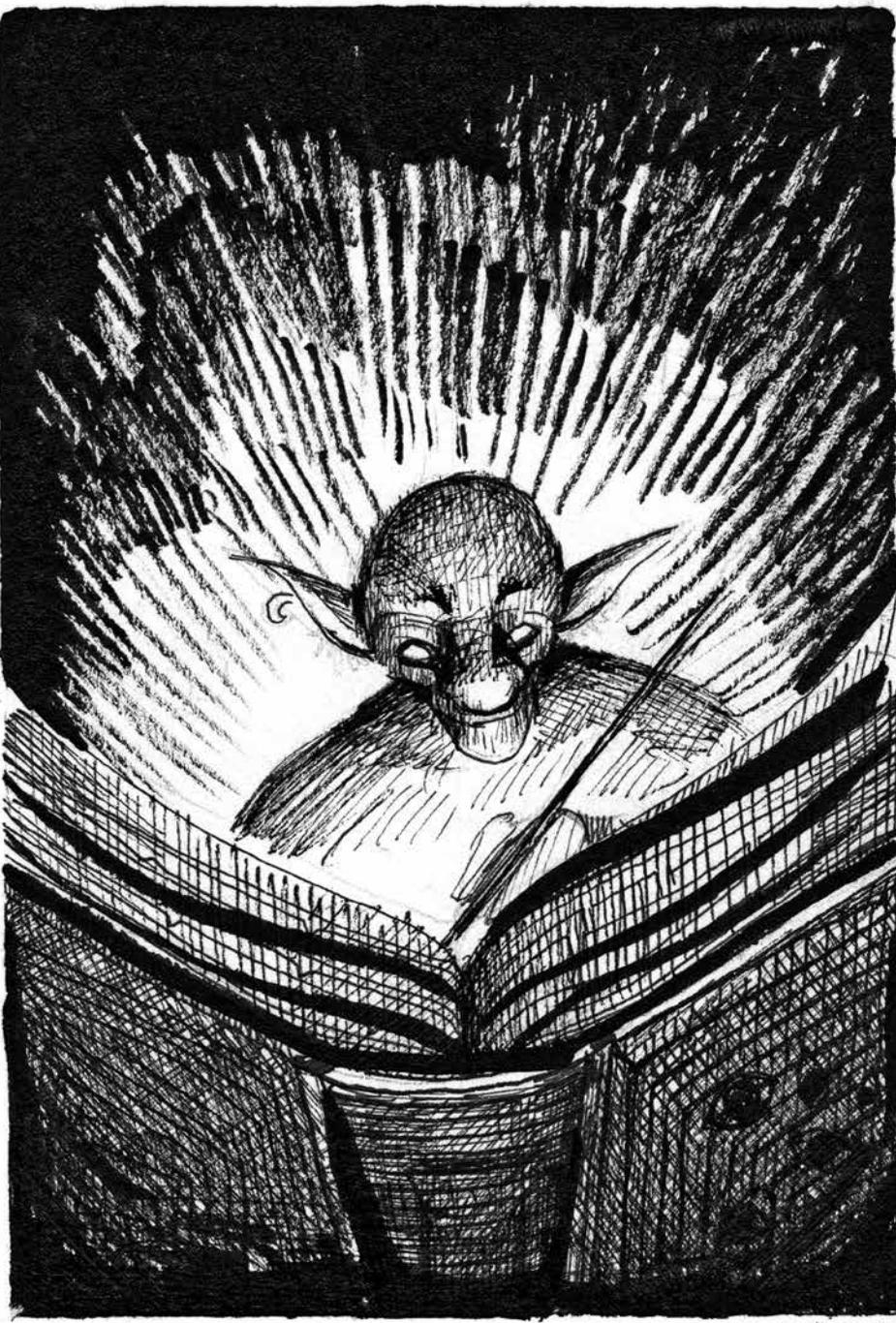
SOMBRA 1: No tema, mi señor.

SOMBRA 2: Nuestro encuentro no es infortunio.

SOMBRA 3: Al contrario. Auguramos para usted todo lo que alguien de su especie podría ambicionar.

SOMBRA 1: No nos vea como una amenaza, sino como señal de buena fortuna.

SOMBRA 2: Venimos a presagiar éxito, maestro.



Sofy L.

DIA 9 - LIBRO DE HECHIZOS

Sofia Lupercio Macias. Libro de hechizos

SOMBRA 3: ¡Salve, maestro Shakespeare! ¡El Gran Bardo de Inglaterra y el mundo!
¡El más grande entre los grandes!

SOMBRA 1: Siempre dichoso y lleno de éxito.

SOMBRA 2: Siempre reconocido por su talento divino.

SOMBRA 3: Usted será poeta y lo que escriba se convertirá en luz. Guía y tesoro de la humanidad.

SOMBRA 1: Durante siglos se hablará de usted.

SOMBRA 2: El más grande de su época. De los más grandes de su especie.

SOMBRA 3: Nosotras nos encargaremos de eso.

SOMBRA 1: La suerte está de su lado.

SOMBRA 2: Pero para ello usted tendrá, llegado el momento, que hacer lo que le pidamos.

SOMBRA 3: Tal cual, al pie de la letra.

SOMBRA 1: No trate de jugar con nosotras o la fortuna que este encuentro le depara se convertirá en desgracia para usted y los suyos.

SOMBRA 2: Confíe en nosotras, somos espíritus amigos.

SOMBRA 3: Si escucha nuestro consejo, se cumplirá este presagio.

TODAS LAS SOMBRAS: ¡Salve, maestro Shakespeare!

SOMBRA 1: Recuerde nuestros rostros.

SOMBRA 2: Lo buscaremos en el futuro.

ÉL: ¿Qué opinas?... No, yo tampoco... ¿Qué debería hacer?... ¿Y si en realidad sucedió?... Yo jamás he creído en estas cosas, pero... se sintió tan *real*... ¡La señora Quiney! ¿Cómo puedes estar más convencida de la charlatanería de la mancha de grasa en forma de estrella que de mi sueño?... Bueno, sí. Ella es algo bruja, no te lo voy a negar... Pero... no sé... ¿Cómo podría soñar yo todo eso? Es decir, estoy cómodo en Stratford. Siempre me ha gustado enseñar en la escuela de gramática. También disfruto los paseos de los domingos y ver crecer a Susannah. ¿Cómo podría siquiera pensar en ir por ese camino?... Ya sabes lo que dijo el señor Warwick. Leyó ese texto mío y me sermoné porque era muy parecido a una comedia de Plauto, ¿sabes? Dijo que le plagió la historia y que muchas de las frases son parecidas a las de él... Sí, plagiarlo, así dijo. No dejaba de hablar de ese incidente. Me lo encontraba en el pueblo y durante una semana siguió sacando el tema, así que... ¿Londres? ¿Cómo?... ¿Y si sólo fue un sueño? Ya sabemos todos que las sombras siempre mienten... y también que yo no tengo talento... ¡No, Anne! ¡No me voy a ir! El bebé ya está por llegar... Sí, sí quiero. Escribir y actuar siempre ha sido mi sueño, pero... ¿y si sólo es eso? ¿Y si solamente... es un sueño?



II.

Año 93. Taberna. Noche. Hombres bebiendo, ruido de voces, risas, manotazos en las mesas. ÉL charla con un grupo de hombres. Del lado izquierdo-proscenio, una mesa pequeña con utensilios de escritura.

ELLA: Querido Will, te saludo y te mando todo mi amor y buenos deseos. Quiero que sepas que pensamos mucho en ti. Los niños te extrañan, pero están felices de saber que su padre adquiere fama conforme pasa el tiempo. Hemos oído en el pueblo de algunas de tus obras. Los señores Allen vieron tu *Comedia de las equivocaciones* y quedaron muy satisfechos. Aquí en Stratford ya eres una especie de celebridad local, y me da mucho gusto por ti. Sin embargo, he escuchado hablar más de tus comedias que de tus tragedias. Ambos lo sabemos: tienes un don nato para ello, pero la tragedia paga más y también da más prestigio... Lo cierto es que quien no vive lo trágico no puede escribir tragedias, ¿no es así?... Espero que no. ¡Esfuézate más! Serás grande, pero debes trabajar por ello. Tampoco pidas demasiada ayuda a tus amigos para terminar tus obras, o si no terminarás con mala fama y repartiendo tu dinero. En cuanto a lo otro que mencionas en la carta, lo sabemos: tenemos que hacer sacrificios. Que hayan regresado las sombras no creo que sea coincidencia. Han sido honestas en cuanto a tu destino, tu fortuna. Por eso confía en lo que ellas te dicen. Estás exaltado, angustiado con este presagio. Dices que no quieres que tu éxito se manche de sangre, pero si ese éxito sólo puedes conseguirlo tomando esta vida, ¿qué podría detenerte?... Mira dónde estabas hace ocho años y mira dónde estás ahora. Ellas están cumpliendo su parte.

El grupo de hombres en el que ÉL se encuentra comienza a elevar la voz, poco a poco.

ELLA: ¿De verdad podría frenarte matar a alguien a quien tú mismo consideras un rival sólo porque te da remordimiento? ¿Acaso no ves que la vida de ese hombre, del que tanto hablas, es lo único que te separa de tu éxito rotundo?... Tú lo has dicho, Will. "Mientras viva Marlowe, no habrá espacio para Shakespeare". Él debe morir... Todo tiene un precio. La vida de un humano no me parece cara si la comparamos con la fortuna y el prestigio... Lo sé: tienes un alma noble y sensible, pero no tengas miedo. El poder y la fama están más cerca de lo que piensas.

Un hombre del grupo de ÉL le suelta un puñetazo a otro.

ELLA: Ahora bien, si lo que te preocupa es que puedan descubrirte, fingelo. Créalo. Crea las circunstancias para que el conflicto pase. Escribes, sabes cómo hacer eso. Que todo sea casual. Tan natural como se pueda.

Los golpes de la pareja de hombres se convierten en un tumulto de gente peleando.

ELLA: Es tan sencillo como un comentario mal interpretado, un empujón más fuerte de lo normal, un golpe en el momento correcto. De preferencia, en un lugar con



SOFY L.

mucha gente, donde genere caos. Una taberna podría ser el escenario ideal. Los hombres borrachos son más agresivos y susceptibles. El alcohol les calienta la sangre. Pero eso tú lo sabes, ¿no es así?

Todos los hombres de la taberna pelean entre sí.

ELLA: Llegará, querido esposo, el momento en que alguno de esos borrachos enfurecidos saque una daga.

En medio del grupo, se ve un objeto que brilla.

ELLA: Entre los cuerpos, la confusión y el ruido será tu oportunidad. Porque tú serás ese hombre que saque la daga y la entierre en Marlowe.

Él saca la daga y la entierra en otro hombre.

ELLA: Debes ser rápido, preciso, limpio, porque si no tú serás el culpable... Si lo haces como te digo no habrá problema. Será algún ebrio violento, y no tú, quien cargará con la culpa.

Gritos, cae un hombre con una herida en el ojo al suelo.

ELLA: Tendrás que arreglártelas con el tema de la sangre. Finge que quieres ayudar a Marlowe. Mueve su cadáver, márchate más de él, pon de pretexto que el líquido que te mancha nunca fue cruel sino piadoso. Señala la daga asesina lejos de ti, por casualidad, y en ningún momento sientas culpa. Ese hombre te separaba del mundo.

Muchos hombres salen de escena.

ELLA: No lo dudes, querido. Cuando veas a ese hombre muerto y sientas su sangre entre tus manos, piensa que tenía una deuda contigo. No sientas culpa. Lo hecho hecho está, y no puede ser corregido. “En un mundo donde exista Marlowe, no puede haber un Shakespeare”.

Llegan los oficiales a la escena, ÉL tiene en el regazo el cuerpo del hombre mientras explica lo que sucedió.

ELLA: Por ahora, te dejo. Ésta es sólo una idea. Hay muchas otras opciones. Ahora debo irme. Los niños me llaman, ya es hora de cenar. Cuidate, te extrañamos y te queremos. Tus padres también me preguntan por ti y mandan todo su afecto. No te daré más detalles, no quiero aburrirte con las banalidades de nuestro día a día. Cuidate mucho y éxito en tu empresa. Ya sabes, las sombras están cumpliendo su parte. Es tu deber cumplir con la tuya. Por cierto, no te preocupes, ya he quemado la carta. En cuanto me leas, tú también quemame.

Cuidate, amor mío. A la distancia celebramos tu éxito.
Con amor, Anne.

III.

Año 96. Verano. Lluvia. Un teatro, vemos los ensayos de Sueño de una noche de verano. ÉL escribe, tacha y da los folios a los actores mientras ellos se ponen a ensayar lo nuevo. Del lado izquierdo-proscenio, una cama donde un niño tose y una pequeña mesa con utensilios para escribir.

ELLA: William, Hamnet no mejora. El doctor dice que es un soplo en el corazón y que el aire fresco debería ayudar, pero cada día se despierta más pálido. Si tú pudieras verlo... Su rostro, la carne de su rostro... Es como si la piel se le pegara al hueso. Ya no come y no sé que hacer. Judith y Susannah me ayudan guisando, cuidando del corral, limpiando la casa, pero él no mejora. Estoy sentada junto a él y parece que la vida se le apaga cada vez que pestañea... Si lo vieras, entenderías de lo que hablo... Pregunta mucho por ti. Yo le digo que tienes trabajo. Sabe que venir desde Londres son días de camino, pero... Rezo, pido a Nuestro Señor por él, pero en el fondo todos esperamos... sobre todo nosotros. Él y yo. Esperamos... Yo... estuve pensando en lo que escribiste hace tiempo. ¿Recuerdas? En esa carta me dijiste que las sombras pidieron que escribieras una obra para ellas. ¿Lo has hecho? ¿En qué trabajas ahora? Porque según entiendo no aparecen en ninguna de tus obras... En ese momento me dijiste que no es así como trabajas. Que tu mente y tu imaginación no funcionan así. Me dijiste: “¿en dónde voy a poner un trío de sombras si lo que escribo no tiene nada que ver con presagios o magia?”. De esto ya pasaron muchos años y aún no lo haces... Está claro porque... No lo ves, ¿verdad, William?... No lo aplaces más. Tú no sabes con qué entidades estamos tratando. Su ira podría orquestar la muerte de tu hijo y, sin ningún esfuerzo, borrar la vida del único que puede salvar tu apellido... Yo lo sé, William. No puedes jugar con esto. Ningún ser de luz te habría pedido nunca la vida de otro hombre a cambio de tu propio éxito... Ellas cumplieron con su parte, pero tú... No te tardes más y escribe. Has hecho sacrificios más grandes que éste. ¿No te das cuenta? Hamnet muere. Su furia cayó sobre nosotros. A veces pienso que es Dios, y no estas sombras, quien nos están castigando por haber tomado la vida de ese hombre hace años, porque... ¿cómo podríamos vivir felices después de todo?... Hamnet morirá pronto, William. Nuestro hijo está a punto de morir. El día en que lo haga, jura que no podré perdonarte. Jura que no seré yo quien te escriba para informarte de su muerte.

IV.

Año 96. Verano. Del lado izquierdo del escenario, la estancia de una casa. ELLA camina con la mirada perdida mientras sostiene un rosario en la mano. Sentada en la mesa, una niña pequeña mece una muñeca en sus brazos. En proscenio, un pequeño escritorio con utensilios. Del lado derecho, un grupo de actores vestidos y maquillados interpretan una escena de Sueño de una noche de verano.



OTRA: Querido padre, escribo lo antes posible para informar del lamentable deceso de nuestro hermano. Sabes por cartas anteriores a ésta del estado inexplicable y de gravedad del pequeño. Escribo para decirte las extrañas circunstancias de su fallecimiento... Después de la última carta de mamá, mi hermano mejoró mucho. Durante un par de semanas estuvo tranquilo y estable. Volvió a ser el niño vivaz y curioso de antaño. Sin embargo, un día, como por arte de magia, comenzó a retorcerse en su cama mientras dormía. Ni el médico ni el párroco pudieron detener su suplicio hasta que, de repente, dejó de respirar, se puso morado y, por fin, su piel fue del color de la sábana. Todo fue tan rápido... Hubieras estado aquí, padre. Mamá no paraba de gritar. Rezaba y suplicaba perdón. Se hincaba junto a la cama de mi hermano pidiéndole a Dios que no se lo llevara... También gritó insultos al aire, reataba a un ente invisible que te cobrara a ti alguna deuda de la que ni Judith ni yo estamos enteradas. Lo hacía con una rabia que no conocíamos hasta ese momento en ella... Al cabo del tiempo se quedó afónica. Sólo sabíamos que lloraba porque sus hombros y su espalda se movían en temblores... ¿Qué es todo esto, padre? ¿A qué deuda se refiere mamá?... Durante el funeral asistieron todos los vecinos. Mi madre fue atendida por la señora Quiney. Judith estuvo callada todo el tiempo; sólo la bondad del hijo mayor de los Quiney, Thomas, le sacó unas cuantas palabras en el servicio... Si te es posible, por favor regresa, padre. Visita la tumba de nuestro hermano. Realmente te necesitamos aquí.

ELLA: Las sombras...

OTRA: Mamá ha perdido la razón. El médico dice que sufrió de un rictus a los nervios, y el párroco que su espíritu fue poseído por algún ente maligno. No habla mucho, pero cuando lo hace, es para culparte y maldecirte. También se la pasa murmurando cosas extrañas...

ELLA: Cumplieron su parte, pero él no.

OTRA: Y no deja de mencionarlas. No deja de hablar sobre su furia.

ELLA: Su venganza fue tomar a Hamnet. La desgracia cayó sobre nosotras...

OTRA: Y de nuevo se queda callada, ida. No come, no duerme, y Judith y yo ya no sabemos qué más hacer. Te ruego, pues, que tomes en cuenta que éste es un asunto de urgencia y regreses a casa. Nosotras sabemos que ahora estás en medio de proyectos y tienes mucho trabajo, pero... no podemos más. Algo debemos hacer, la gente del pueblo comienza a sospechar. Creen que es una bruja...

Besos y cariños, Susannah.

UN HOMBRE: *(En el espacio donde es el teatro)*. “[...] Ésta es la hora de la noche en que las tumbas se abren del todo para dejar salir los espectros que se deslizan por los senderos del cementerio y de la iglesia; y nosotros, duendes y hadas, huimos de la presencia del sol, siguiendo las sombras como un sueño. ¡Qué alegría la nuestra en este instante! No habrá ni un ratón que perturbe este hogar. Enviéronme, escoba en



Shakti González. Caretaker



mano, a barrer el polvo detrás de la puerta. [...] Si esta ilusión ha ofendido, pensad, para corregirlo, que dormíais mientras salían todas estas fantasías. Y a este pobre y vano empeño, que no ha dado más que un sueño, no le pongáis objeción, que así lo haremos mejor. Os da palabra este duende: si el silbido de serpiente conseguimos evitar, prometemos mejorar; si no, soy un mentiroso. Buenas noches digo a todos. Si amigos sois, aplaudid y os lo premiará Robin!¹

V.

Epílogo

Año 2020. Cuarto, primeras luces del amanecer.

ÉL: ¡Despierta! ¡Despierta!

ELLA: ¿Qué? ¿Qué pasa?

ÉL: Es que te estabas moviendo mucho y murmurabas algo. La verdad me dio miedo y por eso te desperté.

ELLA: Ay, mi amor, perdóname.

ÉL: ¿Qué pasó? ¿Qué soñabas?

ELLA: Es que tuve una pesadilla... Todo fue tan extraño.

ÉL: ¿De verdad?

ELLA: ¡Sí, en serio! Fue una de esas pesadillas bien fumadas.

ÉL: A ver. Cuéntame.

ELLA: Sí. Pues... soñé que... Soñé que era Shakespeare.

ÉL: ¡No mames, ¿neta?!

ELLA: Sí. Y en mi sueño, yo podía ver toda su vida.

ÉL: ¿Qué viste?

ELLA: Bueno, en realidad no fue toooda su vida. Mi sueño comenzó en que yo era Shakespeare soñando con unas sombras, ¿no? Y estas sombras me presagiaban que iba a ser famoso. Tons, yo me despertaba y le contaba a Anne, mi mujer, mi sueño. Hasta ahí todo bien, ¿no?

ÉL: Ajá. Sigue.

ELLA: Bueno. Lo siguiente que vi fue que yo, recomendado por Anita, la viborita, mataba a Christopher Marlowe en la taberna.

ÉL: ¡Nah, no te creo!

ELLA: ¡Sí!

ÉL: ¿Como en la teoría conspirativa?

ELLA: Como en la teoría conspirativa.

ÉL: ¿Y eso fue todo?

¹ Fragmento tomado de *Sueño de una noche de verano*, de William Shakespeare.

ELLA: Nel, espérate. Luego de eso, unos años adelante, yo estaba en el teatro ensayando una obra, y que me llega una carta de Anne diciendo que mi chamaco, el Hamnet, se había enfermado. Y bien emperrada me reclamaba porque según ella yo tenía la culpa porque rompí una promesa con las sombras, ésas que me dijeron que iba a ser famoso.

ÉL: No mames, pues ¿qué fue lo que no hiciste?

ELLA: No sé. Era algo así como que debía escribir una obra para ellas o algo por el estilo, pero pues a mí me valía madre y de cualquier forma no la escribía.

ÉL: ¿Y luego?

ELLA: Pues para acabarla, meses después, estaba viendo mi representación de *Sueño de una noche de verano*, bien Agustín y Feliciano, y en eso ¡zas! Una carta de una de mis hijas diciendo que se me murió el niño y que mi esposa quedó loca.

ÉL: Híjole...

ELLA: Sí... Después vi al actor que interpretaba a Puck dar su monólogo final, y en ese momento me despertaste...

ÉL: Chale...

ELLA: Sí...

ÉL: No, pus... No sé qué pensar, la neta...

ELLA: Ni yo.

ÉL: La verdad, sí estuvo bien raro. Como que muy... macbethiano, ¿no?

ELLA: Al chile, sí. (Ríe). Qué cosas, ¿no?

ÉL: ...

LOS DOS: ...

ELLA: Por cierto, ¿qué soñaste tú?

ÉL: Pues... no me lo vas a creer, pero... soñé que era una sombra.

Oscuro.



Sueños y profecías

JOSÉ LEONARDO SOLANO MARCIAL

Sueño 1

Un hombre se acerca sigilosamente al cuerpo sin vida de un perro, levanta los brazos y comienza a saltar. Da vueltas y grita como un trastornado mental. Los animales de los alrededores se ponen en círculo y comienzan a girar hacia la derecha, ninguno se detiene y siguen un orden perfecto. Parece un ritual fúnebre. El hombre se arrodilla con las manos cruzadas y observa el cielo.

—Ten piedad, por favor, ten piedad.

Los animales hacen toda clase de sonidos agónicos.

El cielo se oscurece y deja entrever sus lágrimas venideras.

—¿Es así, Dios?... Pues que así sea.

El hombre se acerca al cuerpo del perro y comienza a devorarlo. Los demás animales chillan al ver esta horrible escena y se comen al hombre.

Profecía 1

Una mujer gorda sentada en medio de una laguna comienza a gritar.

—¡Los hombres ya no serán hombres, ya no serán dichosos, ya no tendrán vida!

¡Cuando los pájaros canten, el ser llamado hombre desaparecerá y se volverá su opuesto, lo que es Luna será Sol, así como lo que es Sol será Luna!

Sueño 2

Miro al cielo, unas gaviotas se encuentran de paseo junto a la brisa pletórica del viento. Una mujer desnuda ofrece su pecho a un cerdito. Mama y mama y no deja de mamar. La mujer me ve y sonrío.

—¿También deseas un poco?

Bailo. Las caderas se mueven, los brazos se sueltan y la mente se expande.

Otro cerdito aparece y comienza a mamar de la teta disponible.

—Ya no queda para ti.



Natanahel Lozada "Sr. Ajolote". *Pesadilla*

Profecía 2

La mujer gorda sentada en medio de una pradera comienza a gritar.

—Lloverá sangre en los lugares donde la falsa felicidad hace aparición y se desbordaran los ríos donde la pobreza hace sus nidos. ¡Sálvense! Que el rico saldrá intacto de su mediocridad, pero el pobre resultará dañado de su levedad.

Sueño 3

Los espantapájaros tratan de bajar de sus respectivos palos. Algo los perturba. Una voz comienza a espetar;

—En la cima de la tortura, en la cima de la angustia, todos los hombres volverán a soñar con la esperanza.



Los espantapájaros se mueven con más desesperación.
 —Soy un soñador.
 Una masa peluda se desliza por los pastizales.
 —Soy la ley, al que me siga nada le faltará.
 Se acerca lentamente a los espantapájaros, que lo miran nerviosos.
 —Hijos míos, ustedes están vivos.

Profecía 3

La mujer gorda camina cerca de una granja. Mira al cielo y pronuncia:
 —A las personas que tienden a hablar con elocuencia y de cuya respiración sale un aire intelectual les caerá algo más allá de su comprensión. Sólo los tontos podrán entender lo que los intelectuales no pueden. No pido sangre, sólo redención.

Sueño 4

La mujer gorda se baña en un pequeño arroyo. Siente la presencia de alguien.
 —Si mi cuerpo te ha de nutrir, adelante, poséeme.
 Un silencio acosador se presenta.
 —Si sólo figoneas, anda y vete de aquí.
 Mira su reflejo a través del agua y comienza a llorar.
 —Si tan sólo alguien lograra entender todo lo que acontece hoy, pero no... Sólo hay bruma en sus ojos. Hijo mío, te he fallado.
 La cruz en el cielo sangra a cántaros.

Profecía 4

Duermo con placidez mientras el fuego consume mi cuerpo lentamente. No hay dolor, no hay temor ni angustia.
 —Por primera vez puedo dormir en paz, sin necesidad de pensar que al otro día me levantaré —me digo.
 La señora gorda comienza a llorar.
 —Hijo, no te vayas...
 No me iré, madre. 📌

✍️ Natanahel Lozada "Sr. Ajolote". *Pesadilla 2*



Retrato de una VOZ

MAXIMILIANO SAUZA DURÁN

Así no hay modo de esquivar la mente del dios.
 Hesíodo, *Los trabajos y los días*

I

El jarrón de la noche derramó su almizcle en toda Persia. Letras de fuego dibujaron el incierto destino de los hombres: susurros del Justo. Las orillas de los mares se disputaban con la arena un pedazo de playa. Esa noche, Ghiyath al-Din Abu'l-Fath Umar ibn Ibrahim Al-Nishapuri al-Khayyami, también conocido como Omar Khayyam, habría de soñar.

Sueño cuneiforme, sueño de una mujer aria, parecida al devaneo del Altísimo, en cuya imaginación delirante y geométrica alguna vez debía existir alguna fuga similar. Khayyam ya no se torturaba con pesadillas. La noche había llegado como un corcel, dejando por las estepas su larga silueta semejante a un signo pahlavi del *Avesta* de Zoroastro. Filósofo como era, Khayyam dormía en el arrullo que le inspiraban las luciérnagas, sueño infundido por la alargada tarde que el verano cosechaba en el aire, cansando igual a hombres y a bestias. Khayyam, desnudo de imágenes y falsos atributos, oyó así una voz, y pese a estar dormido, la entendía con claridad:

El vasto mundo: un grano de polvo en el espacio.
 La vana ciencia de los hombres: palabras.
 Los pueblos, las bestias y las flores de los siete climas: sombras.
 El fruto de tu continua y perpetua meditación: nada.

Durante laboriosos años, Khayyam y su amigo y discípulo Nizam al-Mulk (visir del sultán seljucida Alp Arslan) habían estudiado las apreciables Ciencias. Era un contemplador, no un hombre de viajes ni de acción. Conocía la aritmética y metafísica de los sabios griegos y al ídolo de China —“el enemigo de nuestra fe”, como habría de llamarlo dos siglos más tarde el también poeta persa Hafiz— lo había estudiado, y había aprendido de él gracias a los cronistas del Celeste Imperio. Conocía la poesía del al-Andalus, circulante en todo el orbe musulmán, poesía escrita y recitada en la lengua que usaba el Altísimo para pensar a los Ángeles y destruir a los Devas; lengua y escritura alargada que devoró las ruinas de Zoroastro y con ellas fundó su Única Verdad.



“Dame vino, la noche se acerca”, le había dicho Khayyam a su bienamada concubina, aquella que en el harem resaltaba no tanto por las preseas como por el sobrenombre de Favorita; concubina cuyo cuerpo —¿era india, persa, mongola?— fue cobijo en las noches frías y refresco en las tardes calurosas del Khorasán; “dame el vino color rosa”, repitió, y al pasárselo juntos lo bebieron.

II

Marzo de 1980. Francia reconoce a la escritora belga Marguerite Yourcenar como parte de la Académie Française, incluso ante la negativa de no pocos miembros —como el etnólogo Claude Lévi-Strauss, quien vehementemente se opuso a la candidata “porque no se cambian las leyes de la tribu”—. En España se conmemora *L'itinéraire de Marguerite Yourcenar*, un ciclo de conferencias dedicado a su larga vida y mayor obra; homenajes de este tipo se esparcieron por todo el globo.

A pesar de que su novela *Memorias de Adriano* había sido todo un descubrimiento para Hispanoamérica gracias a la traducción de Julio Cortázar, de España no podía decirse lo mismo en ese entonces. En una carta enviada a Yourcenar en su residencia de los Estados Unidos, contenida en una caja etiquetada como “España”, un joven filólogo madrileño, estudiante en París, le preguntó por qué había tardado 30 años en concretar las *Memorias* y cuál había sido el motor del interés en el emperador Adriano. Yourcenar, que contestó la carta en francés, huyó prontamente de sus deberes, paseó entre fotografías por el puente romano de Córdoba y, tras descansar imaginariamente a la sombra de la Mezquita-Catedral del califato andaluz, escribió (aunque no sabemos si para responderle al filólogo español o aclarárselo a sí misma) en un papelillo suelto:

Sólo otra figura histórica me ha tentado con una insistencia casi idéntica: Omar Khayyam, poeta astrónomo. Pero la vida de Khayyam es la de un contemplador, y un contemplador puro: el mundo de la acción le era del todo ajeno. Por otro lado, no conozco Persia ni su lengua.

Detuvo la pluma... Se preguntó: y si no conozco Irán, ¿cómo caerán las noches sobre Persia?

III

Se embriagaron de placer y el tercer acompañante fue el Amor. Una alfombra con una cenefa de inúmeros elefantes rodeaba la escena de cuatro caballos donde el trasero de uno era la cabeza del otro, una bestia mítica definiendo los cuatro rumbos del universo y acaso las primeras cuatro Eras que duraron tres mil años cada una. Cuatro corceles y la cenefa de elefantes: imagen y semejanza de ese mapa del deseo que representaba los encuentros de Khayyam con su bienamada Favorita. Un ánfora de motivos romboidales, semejantes a la mente del Todopoderoso. Una vajilla de un plato con dos copas: la una retratando la *rara avis* Simurgh, que —dice la leyenda—

podía derrocar a los rinocerontes en desigual batalla; y la otra, una copa con antiguos dioses venciendo a los demonios Devas; el plato representaba a un caballero que pulsa las cuerdas de un arpa y es acompañado por una mujer que sostiene una copa y tañe con su boca las notas de un poema. Los inúmeros elefantes, los corceles confusos del tapiz, los amantes retratados en los vasos: todos y ninguno eran testigos de la desarmada lucha de los cuerpos amarrados en insaciable deseo.

La mujer, insistía Khayyam, era la única distracción del dolor y de la muerte, desventuras que acompañan al destino de todos los hombres; pero a sus ojos, la Favorita era la excepción. Trascendía el oscuro jarrón de azabache de sus cuneiformes sueños.

“Eres como una tarde con amigos”, le decía, una copa de rosado vino, un río tranquilo de diáfano movimiento, un largo reposo a la sombra de un alminar, un secreto en el corazón guardado, una sonrisa orlada en el mármol de la memoria, unas horas de ocio en un jardín durante el verano, un libro de luz cerrado mas rumoroso, unas letras por las estrellas compuestas, una negra trenza de obsidiana suelta en un rincón entre las flores, un instante entre el pasado y el futuro, una brisa de almizcle de pestañas...

IV

Retrato de una voz —continúa escribiendo Yourcenar en el papelillo suelto, aquella tarde de recuerdos andaluces, de cafés moriscos y pasadizos con espejuelos mozárabes—. Si decidí escribir estas *Memorias de Adriano* en primera persona, fue para evitar lo más posible todo intermediario, incluso yo misma. Adriano podía hablar de su vida más concretamente y con mayor sutileza que yo.

Retrato de una voz... ¿Qué es la escritura sino el perpetuo intento de fijar los colores y sonidos de una vida en una masa siempre gris? ¿Cuántas voces pueden ser retratadas por la misma pluma, por la misma mano, por el mismo corazón, por la misma mente? O mejor: ¿cuántas manos, corazones, plumas, mentes se requieren para fijar el sonido y los colores y las figuras y las formas de una sola voz?

Omar Khayyam estaba escrito en su *Rubaiyyat*, esos hermosos poemas que Yourcenar quizá leyó en dos de las primeras traducciones a lenguas europeas: la de Edward FitzGerald, al inglés; o, más probablemente, la de Franz Toussaint, al francés. Pero Yourcenar tenía en sus baúles, dispersos como toda obra verdadera, un vaivén de manuscritos, borradores, fábulas, cartas, poemas, palabras que reunidas podrían ser otra novela, el relato de ese poeta y astrónomo persa que había sido, al igual que Adriano, un hombre casi por completo sabio.

Bajo una estatuilla que representa al emperador Adriano con su bienamado Favorito, Antínoo, junto a un cuadro de Alejandro y Hefestión en la India, y otro de Aquiles penando por la muerte de Patroclo, allí se hallaba un atado de cuadernos de notas dedicado a las literaturas orientales. Motivada como siempre por la melancolía, Yourcenar tomó las libretas y leyó minuciosa sus notas. Compendio de ruinas personales. Algunas llamaron su atención, sepultadas en mareas de polvo y repasadas



Brenda Soto. De la serie Soñé

si acaso por el olvido. Imágenes y conceptos dispersos, intuiciones, hallazgos poéticos, diásporas íntimas, exilios concretos, redactados quién sabe cuándo, quién sabe dónde, descansaban en aquellas páginas.

Todo, lejana o prontamente, se relacionaba con Khayyam: *Hashshashin* = etimología de hachís = asesinos } cuartetos o rubaiyyat (forma lírica) } tema principal: el desencanto del mundo y la invitación a un disfrute inmediato y perfecto } Irán = *arya* (raza humana) } enemigo de Hassan, protegido de Nizam al-Mulk } escritura cuneiforme, acaso derivada del sumerio, sistema pahlavi y avesta } dos traducciones } guerras médicas: Jerjes y Darío contra Alejandro } movimiento ismailita } el Islam entre el 1015 y 1123, una era de pocos hombres libres, entre ellos, el contemplador astrónomo Omar Khayyam } invasiones árabes, turcas y mongolas } estudios calendáricos y algebraicos } la pintura de un caballo que representa al mundo y al tiempo } un plato persa de influencia mongólica: retrata el retozo de dos amantes: uno tañendo una especie de arpa, la otra acaso recitando un rubaiyyat } lector de distintas lenguas } un hombre casi sabio } retrato de una voz...

V

Después de beber el vino del ánfora y de haberse metamorfoseado él en un rinoceronte y ella en el ave Simurgh, después de asir las formas todas del amor, tras reconciliar el fuego de la una con el viento del otro, sucumbieron Khayyam y la Favorita en la alfombra de los cuatro caballos entrelazados. Ella había vencido la contienda y comenzó a cantar en la antigua lengua pahlavi.

En su sueño —¿en qué lengua soñaba Khayyam?— nacía una arquitectura, y entre tantos pasillos, fuentes, espejos de agua, alamedas y mosaicos, se erigía un alminar de donde podía verse todo; incluso podía verse a sí mismo dormir, siendo acariciado por las pestañas de almizcle de la Favorita. Khayyam subió a su alminar —parecido a la sevillana Giralda—, oyó una voz proveniente de la hondura del Universo... La oía sin escucharla.

Khayyam, impotente ante esa voz que como ondas en el agua se expandía en su mundo interior, entró en la onírica biblioteca. Intentó leer pasajes de los sabios y maestros, pero todo devenía obscuro de un momento a otro. La noche parecía derramarse como azabache —¿era esto un pasaje del poeta épico Firdusi?—, y Marte, Mercurio y Júpiter descansaban en su invisibilidad. En un sonámbulo libro de Onsorí leyó cómo el Sol sale coquetamente detrás de una nube y se esconde en otra. En otro pasaje de Nizami Aruzi, leyó dormido: “La poesía es el arte mediante el cual el poeta junta proposiciones intencionadas y construye analogías fecundas, de manera que vuelve grande lo pequeño, pequeño lo grande, viste a lo bello con formas de lo feo y presenta lo feo bajo la apariencia de lo bello...”. Y sin querer distraerse entre la bella voz que se dilataba en sus adentros, procuraba repetirse todo cuanto leía con los ojos de la imaginación y oía con los tímpanos del alma: “... de esta manera, el poeta nos conduce a la realización de grandes cosas en el orden del mundo”.

Dormido, Khayyam reunía el catálogo de sus palabras, el libro de sus imágenes: se buscaba y se encontraba sin cesar, y pensó que todo lo que se encuentra es mejor

hallarlo si se busca. “Una de las mejores maneras de recrear el pensamiento de un hombre: rehacer su biblioteca”. Este pensamiento no era suyo, y quién sabe de dónde le había llegado.

Se mira dormir desde su sempiterno minarete. Piensa que ha edificado el paraíso. Olas de Luna se azotan contra su perpetua meditación. Láminas doradas se desprenden del cielo y lo visitan, mientras toma una copa de vino rosado y lo bebe; de un trago ingiere todo el vino y avienta la copa vacía por el balcón. La copa nunca termina de caer. Khayyam invoca a la Favorita, y la voz del Altísimo se empieza a mezclar con el mensaje que él piensa que es el del Ángel Destructor.

¿Por qué no responde la amada sino el Ángel del Juicio?

VI

La noche se alza, “hallamos al héroe desnudo”. Integra el papel suelto con escrupulosa selección al diario nocturno: impresiones de un viaje por Andalucía, estampas de la Giralda de Sevilla, colores de la Mezquita-Catedral de Córdoba, recuerdos del acueducto romano de Segovia... ¿Hizo ella el viaje o son *souvenirs* que alguien le ha regalado? Instantes inasibles de un tiempo fenecido. Regresa a las cartas de sus halagadores en esos tiempos de homenajes tardíos que ya para qué se hacen. Ya lo leyó todo, ya lo vivió todo, ya lo escribió todo. ¿De qué sirve todo esto?, piensa.

Se sienta —como de costumbre— frente a la chimenea. Allí rebose la flama. Con sistemático ritual, lee las cartas de la caja rotulada “España”.

Apreciable Margarita —escribió en español una investigadora andaluza, ¿acaso una vetusta filóloga, historiadora, etnóloga?—, me gustaría puntualizar que su novela, tan sensible, tan fabuladora, está muy mal documentada; su prosa poética le ganó al rigor historiográfico; su ambición totalizadora quedó superada por sus propios compatriotas de la lengua: de Honorato de Balzac a Víctor Hugo, del fantástico Julio Verne al delirante de Arturo Rimbaud... Su novela, que en verdad me gustó como ficción, no me dijo nada de la vida real, de la vida histórica a la que he dedicado años de investigación; por esto y otras cosas no sé cómo sentirme al respecto, no sé si reclamarle, agradecerle o resignarme a pensar que éste (el suyo) es el nuevo camino de la novela histórica, tan distinto al de su compatriota Gustavo Flaubert o al de nuestro Pérez-Galdós...

Termina de leer la carta y sin pensarlo demasiado la dona a las huestes del fuego. Mismo destino les esperaría, esa misma noche, a aquellos papeles y libretas que contenían el último boceto de un relato sobre un hombre que fue casi sabio.

VII

Esos sabios no te dicen nada, Khayyam;

están muertos y no pueden volver para hablarte;

lo único que puedes disfrutar en este mundo, a tus 70 años, no es ni la venganza

de los ultrajes de tu enemigo Hassan ni el fumar hachís con los Hashshashin, tampoco es ser un arquitecto de inhabitables paraísos;

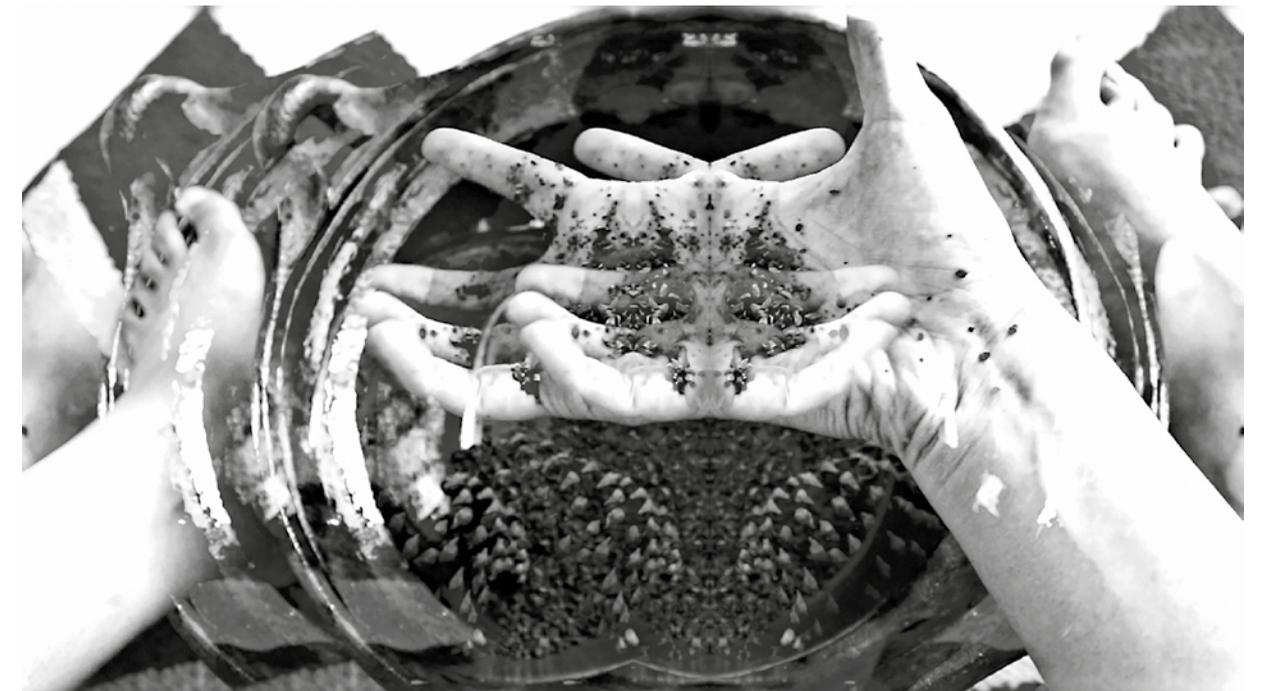
no, ya no puedes buscar verdades en el Infierno ni mentiras en el Cielo, tampoco creerle al buen Jesús ni al discreto Zoroastro;

eres un falso cadáver, el cuerpo desnudo de un héroe mudo;

ya no crees en los hombres que se resguardan en los monasterios, ni en las sinagogas ni en las mezquitas;

lo único que te otorgará la felicidad es beber de la copa que contenga un rosado vino y ser acariciado por las pestañas de almizcle de tu bienamada Favorita;

llena el ánfora, Khayyam, de vino color de rosa, recuéstate a la sombra de alguna mezquita, cierra tus libros y mécete en las pestañas del Ángel Destructor, que toda esta noche se ha quedado despierta leyéndote pasajes de los sabios poetas, y que tú escuchas desde tu sueño como venida desde el fondo del Universo. 



 Xochipilli Tovar. Cuando en mis sueños lo simbólico impera



Yo, Lemuria

MÓNICA VÁZQUEZ SÁMANO

Sueño lava hundiéndose en la lluvia,
locura extraviada en un espejo sin frente;
locura de un cansancio que se presume pausa.

Sueño una sombra transformada en mi lecho,
divago arena, florecer mutilado,
acaso un hábito de luz,
un halo.

Sueño en un respiro extinto,
que exprime lágrimas que caen pero
nunca tocan mi rostro, donde la reflexividad
de la palabra alimenta bordes y ríos

que nunca tocan la tierra,
ni mis labios.

Mi vigilia es el mismo sueño, la inestable existencia
(pertenecer a la vida),
malva sin savia que desata próspera fuego en una cueva.

Sí, soñé mi vida en un sueño sin final.



Natanahel Lozada "Sr. Ajolote".
Luna entre jardín

S o s p e c h a s

JOAQUÍN DE LA TORRE

Por entre las calles vacías, el amanecer picotea las sobras de anoche. Se impone en la ciudad, entre bostezos, un aliento de paloma apedreada y el corazón palpitante de las ratas que durmieron entre los rieles del metro.

Despierta de mala gana y sacude las motas que dejó el sueño; lava su rostro con el agua todavía helada y sale a buscar las migas de un sol que brilla, se consume y hiela entre las oficinas y los rascacielos de la ciudad.

Sin embargo, bajo el tibio manto de su cama, ha sospechado otra vida al dormir, como la tierra que, al despertar en la semilla, se cree capaz de ser árbol o flor con la sencilla caricia del rocío. 📍



Noctámbulo

GUSTAVO RAMÍREZ

Ivan Fdez. Serie *Misocosmia*

Luego de instalarse en la habitación 508 del Hotel Oxford, al sur de la Ciudad de México, Andrés Bellocchio miró por el amplio ventanal que daba a la avenida Insurgentes y se sintió diminuto. El trazo infinito de la calle le recordó a la anatomía de la *Dendroaspis polylepis* o mamba negra, la serpiente más venenosa de África. También pensó, en un esfuerzo por concordar sus reflexiones con la tierra que pisaba, en las formas del dios Quetzalcóatl: la serpiente emplumada. Ambas visiones le parecieron un mal presagio y se apartó de la ventana, presa de un miedo infantil que por un brevísimo instante le ocasionó una punzada en el estómago, similar a la que antecede al vómito. Avanzó hacia la cama no sin trastabillar con la mesa de noche y, una vez que alcanzó el colchón, comenzó a desvestirse. Se colocó el pijama que compró exclusivamente para el viaje y se acostó en medio de un edén de sábanas y almohadas. Antes de quedarse dormido estudió sus notas para el simposio sobre la obra de Roberto Bolaño que encabezaría al día siguiente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Popular Mexicana, tomó sus medicamentos (una pastilla de quetiapina y un comprimido de clonazepam), repasó lo ocurrido durante los últimos minutos de ese día y sintió vergüenza por la posibilidad de estar perdiendo la razón.

A la mañana siguiente despertó con un insípido dolor de cabeza que logró aliviar con dos aspirinas y una prolongada ducha de agua caliente. Después de acicalarse preparó su portafolios y enfiló hacia el restaurante del hotel. El largo viaje desde Villa Ventana afectó tanto a su digestión como a su apetito, así que únicamente pidió café, dos rebanadas de pan tostado y una porción de mantequilla. Terminó su desayuno poco antes de las 10 y se dirigió a la recepción donde lo esperaba María de la Fe Ángeles Amozurrutia, coordinadora del programa académico de pregrado y, como puede adivinarse, oriunda del estado de Puebla. La mujer tenía 38 años y estaba iniciando un doctorado en el que desarrollaría la tesis *Discursos decoloniales en la poesía feminista mexicana del siglo XXI*. María de la Fe —según se había enterado Bellocchio— provenía de una familia profundamente católica y su educación básica transcurrió en escuelas religiosas donde le inculcaron el ejercicio de las virtudes cardinales hasta que, llegado el momento y gracias a profundas lecturas de Sor Juana Inés de la Cruz y de Gabriela Mistral, decidió emigrar a la Ciudad de México para estudiar Literatura en la UPM. Su arquitectura era esbelta, su piel láctea y, a pesar de las marcadas ojeras producto de horas de estudio, su mirada irradiaba una luz que por momentos la hacía parecer un faro que sondeaba las habitaciones en busca de almas náufragas.

A pesar de haber intercambiado largos correos electrónicos en los que se detallaban el itinerario del congreso, los honorarios de Bellocchio por su participación como ponente, la



información sobre el viaje redondo Buenos Aires-Ciudad de México, Ciudad de México-Buenos Aires y, una vez superados ciertos protocolos, algunas recomendaciones sobre sitios turísticos y autores de la nueva ola mexicana y argentina, ambos se mostraban nerviosos por su primer encuentro cara a cara. Luego de un saludo medianamente efusivo y un intercambio de agradecimientos por la hospitalidad de la mexicana y la participación del argentino, María de la Fe condujo a Andrés hasta una furgoneta blanca identificada con el escudo de la universidad, en la que aguardaba un chofer entrado en años (tal vez contemporáneo de Bellocchio), quien no pronunció una sola palabra durante el trayecto. Al llegar al auditorio Florencia Testa, uno de los trabajadores de la biblioteca central que hacía las veces de portero guio a ambos al recinto.

El simposio duró alrededor de dos horas y suscitó un debate sustancioso sobre Bolaño como fenómeno *pop* del nuevo milenio, discusión que a Bellocchio le pareció pertinente pero reduccionista, pues, en su opinión, el estudio de la obra no podía ceñirse a su éxito comercial; debía analizarse, sobre todo, como una nueva y vigorosa narrativa que transformó las estructuras y convenciones no sólo de la literatura latinoamericana, sino de la literatura mundial. Antes de abandonar la sala, Bellocchio recibió un reconocimiento y una charola de talavera poblana (idea de María de la Fe) rebosante de dulces típicos mexicanos.

Al terminar sus actividades en el congreso, Bellocchio volvió a su habitación y durmió con la satisfacción de un recién nacido. Se soñó a sí mismo tomando la siesta en una cama gigantesca adornada con una cabecera de terciopelo azul a la que no se le veía el fin. De repente, un destello iluminó la pieza en penumbras y Andrés pensó que se trataba de los ojos de faro de María de la Fe, pero la luz no era igual a la que

manaba de las órbitas de su anfitriona mexicana, sino que parecía originada por cientos de soles que de pronto hubieran decidido posarse al mismo tiempo en un solo punto del planeta Tierra. Bellocchio se recargó sobre la cabecera y vio al dios en un extremo de la cama, rompió en llanto ante el milagro que estaba presenciando y quiso rezar un padrenuestro pero su cuerpo estaba paralizado. Unos segundos después, su dios onírico alzó la cabeza y Andrés descubrió a Quetzalcóatl arrojándolo con unos ojos de fuego que derramaban un material incandescente sobre el edredón, como si la deidad llorara lava. Quiso gritar pero su cuerpo continuaba impertérrito mientras al lugar lo consumían las llamas.

A la seis de la tarde sonó el teléfono del cuarto y Bellocchio despertó empapado de sudor y llorando como un becerro. Al otro lado de la línea, María de la Fe le agradeció nuevamente por su participación en el simposio —que hasta ese momento había recibido los encomios más generosos de todo el programa del congreso— y lo invitó a sumarse a una cena con el resto de los ponentes en el restaurante del Hotel Imperial. Si aceptaba, el anciano chofer de personalidad hosca que lo había recogido esa misma mañana pasaría por él a las ocho en punto. Andrés agradeció la invitación y se dijo encantado de asistir a la velada.

En el restaurante, María de la Fe le presentó a Cayetano Cuellar, un uruguayo que había dictado una conferencia después de la de Bellocchio y cuyos ojos de cerdo decapitado lo perturbaban profundamente. Andrés no tardó en descubrir que María de la Fe y el hombre de mirada escatológica eran amantes. Los tres se sentaron juntos en un extremo de la mesa que reunió a los más prolíficos estudiosos de la obra de Bolaño. Durante la cena, los asistentes intercambiaron ideas sobre la técnica del autor chileno, la estrategia narrativa de sus novelas, sus poemas —que a ninguno le interesaban demasiado— y su intento de unirse al movimiento de insurrección luego del golpe de Estado del general Pinochet.

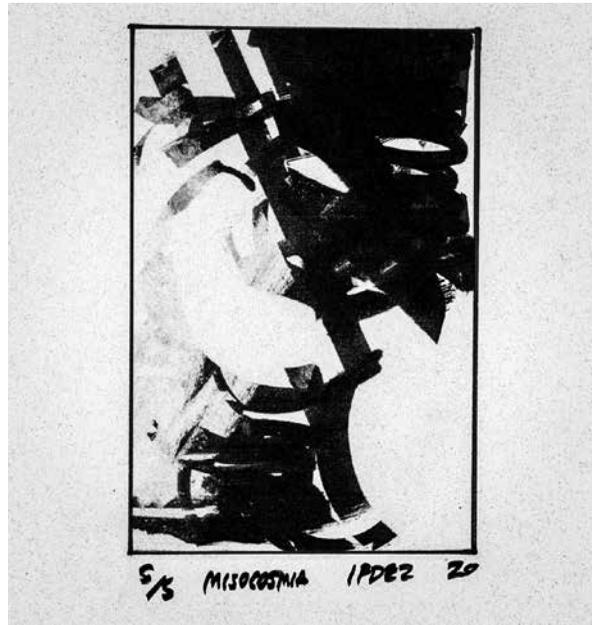
Bellocchio casi no participó en la conversación a pesar de que el resto de los comensales esperaba sus apuntes. En lugar de unirse a sus colegas, se dedicó a mirar fijamente sus alimentos, y llegó a tener alucinaciones con la pasta en la que creyó ver diminutas serpientes arrastrándose entre los espaguetis. Cuando sirvieron el postre (buñuelos con helado de vainilla y café de Xico, Veracruz), Bellocchio padecía una terrible indigestión producida tanto por su desvarío con la comida como por la abundante ingesta de mezcal y gajos de naranja espolvoreados con sal de gusano. Empezó a sudar y, antes de excusarse y abandonar el restaurante, intentó participar en la tertulia, pero estaba tan obnubilado que sólo logró enredarse con los versos de un poema de Pessoa y terminó por decir: “aquí nadie tiene la razón”. María de la Fe lo acompañó a la salida ante la mirada atónita de los presentes. Cuando llegaron a la calle vieron que el chofer estaba dormido en el asiento del copiloto de la furgoneta, por lo que Bellocchio insistió en pedir un taxi. Antes de despedirse, acordaron encontrarse al día siguiente en la recepción del Oxford para ir juntos al aeropuerto.

El trayecto de regreso a su hotel le pareció interminable y tuvo tiempo para pensar en lo innecesario de la reunión, en su error al haber aceptado la invitación y en el trágico equívoco de enamorarse de María de la Fe. Ya en su habitación se descalzó, y cuando comenzó a retirarse la corbata tuvo que correr al baño para vomitar. El exabrupto fue



demasiado para su alicaída agilidad; no pudo evitar manchar el cancel de la regadera con sus jugos gástricos. En un lapso de 40 minutos vomitó tres veces y, ya aliviado, se lavó los dientes y se metió a la cama vestido únicamente con la trusa y la camiseta.

No tardó en quedarse dormido y esta vez se soñó en la oficina de su casa de Villa Ventana. En el sueño recibía un sobre misterioso, con matasellos de Barcelona, que contenía un mensaje confeccionado con letras y palabras recortadas de periódicos y revistas (al estilo del cine de detectives). El mensaje decía: “Nos ha engañado a todos. Bolaño no escribió ninguno de sus libros. Robó la obra de Neftalí Cortés, el Juan García Madero de *Los detectives salvajes*. Cortés vive ahora en el barrio de la Tatacoa. Búscalo, escribe sobre él y arregla este desastre”. En la lógica de su sueño, Bellocchio decidió que tanto el mensaje como la misión eran completamente razonables y, sorprendido como estaba, dejó su casa en Villa Ventana y a la velocidad que él mismo se impuso llegó a la Tatacoa. Era de noche y todo estaba vacío, como si los habitantes más que estar dormidos hubieran huido del lugar tratando de escapar de un mal augurio. Caminó por unas calles pedregosas y luego de un rato encontró a un hombre parado



junto a una fuente; tras pensarlo un instante no tuvo una gota de duda de que esa persona, a quien sólo podía verle la espalda, era Neftalí Cortés. Enfiló hacia aquel espectro pero las calles parecían haberse convertido de pronto en una de esas bandas mecánicas dispuestas en algunos aeropuertos para facilitar el tránsito de los pasajeros. Bellocchio puso toda su vida en cada paso y consiguió avanzar apenas unos metros; la noche se hacía más oscura y la poca luz de las luminarias comenzaba a reunirse en un mismo punto del horizonte. Trató de gritar pero su voz se evaporaba apenas tocaba el aire. Miró hacia la derecha y descubrió al dios Quetzalcóatl que avanzaba con sus ojos de fuego por una calle paralela mientras las escasas farolas aún encendidas poco a poco se extinguían. Bellocchio se acercó cada vez más a esa masa informe que era el verdadero genio detrás de la obra a cuyo estudio había dedicado su vida: Neftalí Cortés, Juan García Madero, el poeta prosaico, el gran señor. Después de un minuto que pareció eterno, consiguió llegar hasta la fuente mientras el dios Quetzalcóatl iba hacia él; puso la mano derecha en el hombro de Cortés y al voltearlo descubrió un cadáver que, aunque conservaba un aire de dignidad apabullante, empezó a disolverse como un castillo de arena castigado por el viento. El dios seguía acercándose: esta vez no sólo los ojos sino todo su cuerpo ardía en llamas, como si el infierno de la mitología católica habitara en el cuerpo de esa serpiente emplumada. Antes de desaparecer por completo, el esqueleto de Neftalí Cortés le dijo a Bellocchio: “Deja en paz a los muertos, cabrón”. En ese momento el dios Quetzalcóatl abrió su hocico de fuego y Andrés cerró los ojos con fuerza antes de ser devorado.



Bellocchio despertó en la habitación 508 del Hotel Oxford a las ocho de la mañana, convencido de estar completamente loco. Salió de la cama y consultó la sección de Cultura del periódico *El Centinela* —depositado debajo de su puerta por indicación suya—, en la que se ofrecía una amplia reseña de su conferencia en el simposio *Roberto Bolaño: el autor infinito*. Con los nervios más relajados se metió en la regadera, y al terminar de bañarse limpió su vómito del cancel con la toalla de manos, se vistió con vaqueros, botas, camisa nueva y una americana. Bajó al restaurante del hotel y pidió chilaquiles verdes y dos cervezas Victoria. A las 11 y media llegó María de la Fe y a las dos de la tarde su avión despegó hacia Buenos Aires.

Tres días después, María de la Fe recibió un correo electrónico en el que se detallaban los pormenores del suicidio de Bellocchio: “El lugar era un chiquero —decía el mensaje—. Los libreros y los muebles fueron golpeados varias veces por un objeto contundente, las cortinas estaban desgarradas y en las paredes del estudio se repetían los apellidos *Bolaño, García, Madero y Cortés* escritos con excremento”. El detective del Ministerio de Justicia de Buenos Aires que envió el correo le dijo que Bellocchio no tenía familia ni amigos que pudieran responder por el cuerpo: “Se suicidó ayer pero parece haber muerto hace años”, comentó, así que su cadáver sería donado al laboratorio de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Villa Ventana para ser utilizado por los alumnos en sus prácticas de Morfología.

El texto era crudo, pero a María de la Fe le pareció *bonito* —a falta de una mejor palabra dada la impresión— y sintió que el detective, además de realizar pesquisas, dedicaba buena parte de su tiempo a la lectura y a la escritura. Luego de ofrecer un número telefónico, el remitente cerraba diciendo: “Le envío este *mail* porque al inspeccionar el ordenador del occiso usted era el único contacto. Escribame si necesita alguna información adicional. Se despide de usted el detective Ruiz-Tagle”. María de la Fe se tomó un rato para reponerse de la impresión y 15 minutos después abandonó la sala de profesores para dictar su cátedra sobre Literatura Latinoamericana. El tema de ese día era la obra de Alejandra Costamagna. **P**



Revelación

MYRNA CABALLERO

La primera vez que soñó, Carlitos corrió en la madrugada para esconderse entre las sábanas de sus papás, también por primera vez.

A la mañana siguiente, sin entender muy bien cómo había pasado la noche en uno y otro lugar, le suplicó a su madre que lo llevara a ese país lleno de dulces, sin tareas de Matemáticas y con casas en forma de castillo inflable. De inmediato, con gesto de confusión y molestia, su madre le dijo:

—Seguro estás así de caprichoso porque siempre te consienten en casa de la abuela. Pero aquí no, Carlos. Ya báñate para el bautizo de tu prima.

Carlitos lloró largo y tendido, esperando a que alguien se decidiera a cumplirle su deseo. No funcionó. Así, tras haberse limpiado los mocos y puesto un traje blanco con ayuda de su padre, los tres salieron tarde de casa, con el acuerdo previo de evitar la misa y llegar a la fiesta del bautizo.

Al bajarse del auto, Carlitos recordó que era domingo; no había tarea de Matemáticas, el salón de fiestas tenía un inflable en forma de castillo y en la entrada regalaban dulces a los más pequeños. Entonces Carlitos abrazó a su madre, queriendo esconderse entre las sábanas. **P**



Shakti González. Espejo del alma



¿Con qué sueñan los muertos?

RAMÓN ALBERTO RANGEL FLORES

Papá, ¿con qué sueñan los muertos?

¿Sueñan con el tiempo de su reloj estático?

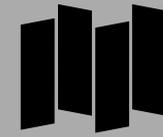
¿Resuelven problemas y saben el peso del mercurio?

Cuéntame si los muertos
miden sus pasos gallogallina,
si brincan la cuerda para estar en forma
o si por las noches
sienten el mismo frío que nosotros.

Quiero saber, papá, si tienen reuniones semanales,
si tú cenas con mis hermanos, con mi abuelo,
y juntos se ponen a llorar por recordar a sus vivos.

Dime si el hambre y la sed son diferentes
o si tu voz sigue invocando al trueno
y tus ojos aún cambian de color.

Desde tu sueño, papá,
dime cuánto duele despertar.



CARRUSEL

CUENTAGOTAS

GLOSOLALIA

HEREDADES

NO HAY FINALES FELICES

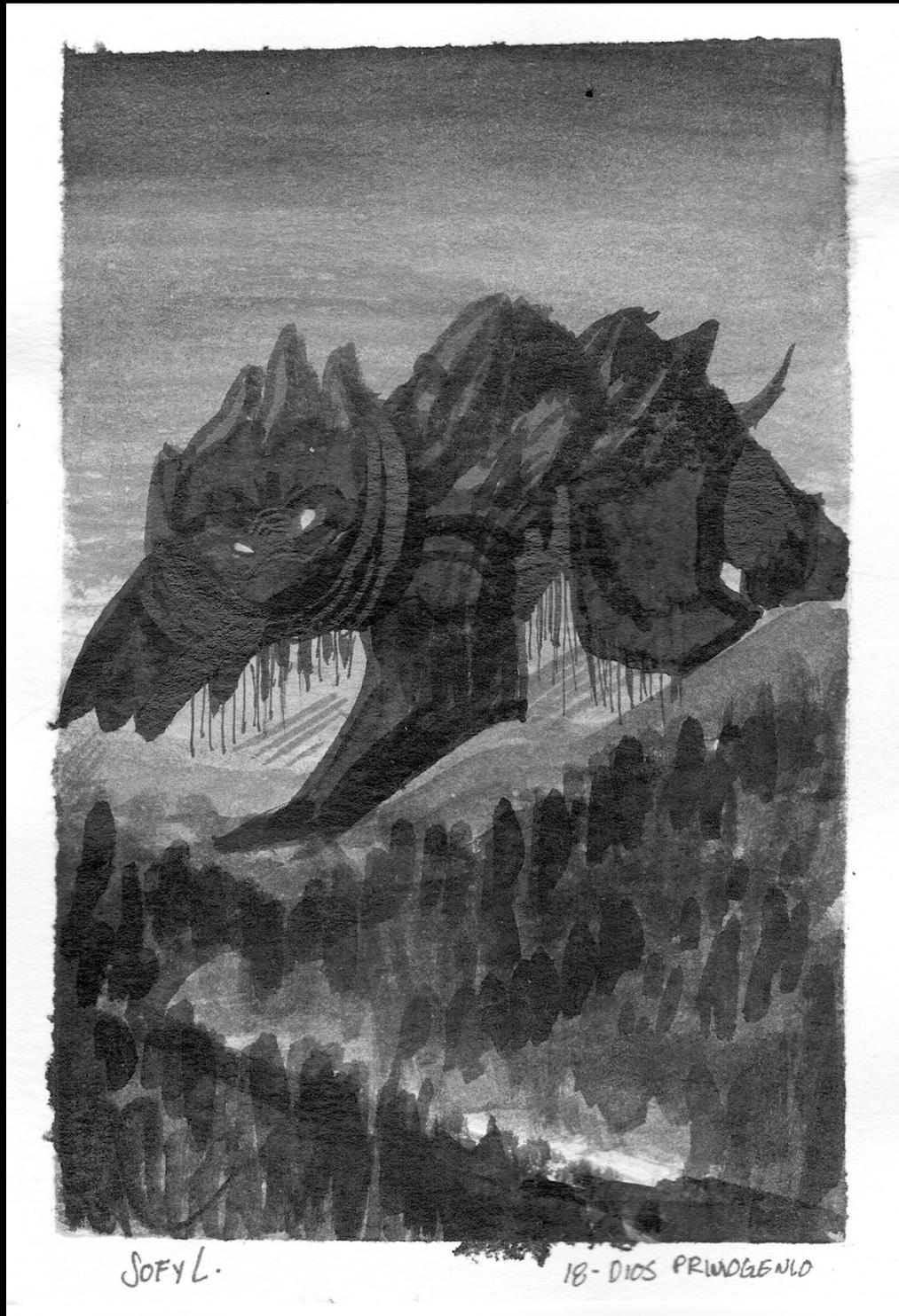
ENTRE VOCES

MUJERES DE LA TIERRA:
LOS SURCOS DE LA ESPERANZA

BAJO CUBIERTA

A PARÍS POR MADRID

EL MIEDO ES BLANCO



Sofía Lupercio Macías. Dios primigenio



Glosolalia

FRANCO GARCÍA

A veces sueño que Philip K. Dick bebe mezcal conmigo en algún bar de Acapulco y después me confiesa al oído que Adolf Hitler era un alienígena que venía de la galaxia M83. Desde luego que yo también le comparto un secreto:

- Jaime Maussan es un replicante Nexus-6.
- Y no te olvides de Carl Sagan —dice el viejo Jack Dowland.

Entonces nos echamos a reír y a beber, a reír y a beber, a reír y a beber... hasta que despierto con dolor de garganta y mi voz suena extraña. **P**

Abigail Li'k. *Consistencia onírica*

No hay finales felices

ZOE CASTELL



John Mathew Smith. www.celebrity-photos.com

—Hellfire don't need lighting and it's already burning in you.
—Whatever's burning in me is mine! Amen!
Sula

Alguna vez, Proust escribió que la obra de arte es el único medio para descubrir el tiempo perdido. En el mundo de la literatura, la memoria y la imaginación son los únicos caminos que llevan a redimir aquello que nos hace incompletos, que falta y duele. El dolor de revelar momentos que no son enteramente nuestros y que, sin embargo, hemos creado es lo que hace a la ficción literaria la única vía para expresar no el tiempo que hemos perdido, sino el que hubo de estar antes que nosotros. Las novelas de Toni Morrison (1931- 2019) son, en ese sentido, maneras de llenar las grietas de la Historia de la forma más íntima posible. Así, sus personajes principales son hombres y mujeres negros que transitan por un mundo de crueldad y violencia, expuestos a un odio por sí mismos y hacia los demás, incapaces de enmendar sus heridas en momentos banales de felicidad. En el mundo de Morrison los personajes resisten y luchan contra la producción de nuevos fracasos y nuevas formas de sufrimiento, pero la mayoría de las veces terminan obnubilados por su propia intimidad. En sus novelas, hay que decirlo, no hay finales felices.

Toni Morrison —cuyo nombre original fue Chloe Ardelia Wofford y que nació y creció en el sur de Estados Unidos, el lugar donde ser negro significaba ser esclavo y, tiempo después, pertenecer a la masa de trabajadores desechables de una modernidad pronto urbanizada— sabía de esa brutalidad de la vida. Ohio y Kentucky, los escenarios recurrentes de sus libros, enmarcan la cotidianidad de la segregación racial de los años que siguieron a la abolición de la esclavitud en ese sur rancio y violento.



Con ello, Morrison logra entretener con una fragilidad amorosa la reticencia y confusión de sobrevivir en un mundo diferenciado que desea la finitud de sus personajes y, sin embargo, los produce como necesarios para su mecanismo. Sin ellos, sin su desconuelo, contradictoriamente no existiría el mundo que los oprime.

II

Along with the idea of romantic love, she was introduced to another —physical beauty. Probably the most destructive ideas in the history of human thought. Both originated in envy, thrived in insecurity, an ended in disillusion.
The Bluest Eye

Faulkner —sobre el que Morrison hizo su tesis de maestría en Cornell University en 1955— argüía que un escritor es una criatura impulsada por demonios y que por ello vive en la constante del fracaso. Le angustia vivir, le angustia soñar, y por eso escribe: tiene un sueño que lo persigue, angostándole la existencia. No sobrevive el escritor, sino la angustia que logra transformar en lo que narra. Escribir es librar una batalla consigo mismo. Te despedaza, te rompe en pequeños pedazos que pueden o no ser reconstruidos una vez que decides terminar lo que has escrito. En la escritura de Morrison es claro que su tormento es el pasado. No uno individual, personal e interno, sino un pasado histórico mucho más extenso que el mundo creado por ella.

En *The Bluest Eye* (1970), su primera novela publicada, el personaje principal es una niña negra, pobre, descrita como inimaginablemente fea, abusada sexualmente por su padre, violentada por sus compañeras de escuela, negada por su madre. El odio del mundo, que contradictoriamente es contado con ingenuidad infantil, se concentra en su esperanza de tener ojos color cobalto: “los insultos fueron parte de las molestias de la vida, como los piojos”, dice el narrador para presentarnos a la niña. De la misma forma, en la mayoría de sus novelas, los personajes atraviesan estas molestias y los rascan y desesperan, y nunca consiguen quitarse la plaga, exhaustos por seguir sobreviviendo. Sus novelas son, en ese sentido, odas poéticas que describen finales terribles para los personajes. Su segunda novela, *Sula* (1973), interroga los roles preestablecidos, como marcas identitarias, de tres mujeres negras que no logran reconciliar la supuesta idealización de una comunidad armoniosa con la conformidad de la etiqueta que se les impone.

En ambas novelas la escritura de Toni Morrison se asemeja a las descripciones de un álbum familiar íntimo: penosos detalles —guardados con secrecía— de tíos alcohólicos, niñas abusadas sexualmente, abuelas abandonadas u hombres en busca de padres ausentes se mezclan en un pasado histórico que parece reescribirse en forma de capítulos concéntricos. En el caso de *Song of Salomon* (1977), su tercera novela, esta aseveración es una realidad. La novela parte del recuerdo del abuelo materno de la autora; ahí cuestiona el significado de una justicia que parece más una promesa divina que una realidad terrenal, al tiempo que discute con familiaridad los convulsos tiempos de las movilizaciones por los derechos civiles en Estados Unidos. Así, Morrison logra entretener dos planos que serán importantes para sus trabajos posteriores: los mecanismos sutiles en los que se construyen y se viven la raza y el racismo. En ambos casos, sujetos a las formas que nombran cómo los oprimidos pueden ser tratados y con qué grado de impunidad son castigados. En sus novelas no hay finales felices porque la abismal separación entre el dolor de unos y otros se define en quiénes están facultados para externar la ira que ello causa. En esa relación no existen sólo nombres, adjetivos, ni tampoco insultos vacuos: crean y sujetan en su lugar a ambas partes.

III

Don't box with me. There's more of us they drowned than there is all of them ever lived from the start of time. Lay down your sword. This ain't a battle; it's a rout.
Beloved

Parece que las novelas de Morrison forman parte de un mismo hilo que intenta llenar los vicios de la historia de victimarios y el sufrimiento de víctimas sin nombre. En sus libros existe una separación temporal que, pa-



radóticamente, distorsiona la narración y les da coherencia a sus extensas descripciones. En *The Bluest Eye* (1970) son las estaciones del año las que marcan una cosecha infructuosa de flores estacionales, en *Sula* (1973) es la cronología de una amistad que narra las experiencias de ese lazo y en *Beloved* (1987) es el tormento de una madre, esclava, que ha asesinado a su hija: los días en los que se debate si el amor no es otra cosa que evitar un sufrimiento ya pactado.

En las novelas de Toni Morrison ninguno de sus personajes corre con la buena suerte de encontrar redención en promesas paradisiacas, de la misma manera que no se encuentran con torturas emocionales convertidas en infiernos fantásticos. Es, de la forma más simple, la totalidad de una vida que da la razón a los errores humanos. En sus novelas, el paso del tiempo deja reconocer el odio que los hace seguir vivos y humanamente felices. Son esquemas privados de preferencias y prejuicios que se mezclan con un mundo turbulento de cambios sociales que ningún personaje parece entender del todo. Éste no es otra cosa que el complicado contexto de los Estados Unidos de la primera mitad del siglo XX, que representa la violencia con la que se produjo el control de una mano de obra que, cuando el momento llegó, fue desechada y brutalizada con una segregación igual de violenta.

En pocas palabras es una explicación literaria de que la raza es siempre relacional y habitada en silencios que se convierten en rutinas, en límites, en separaciones que simulan no tener explicación. No obstante, es en esa elucidación en forma de reticencias a vivir un rol preestablecido, en la que el

odio a sí mismo y a los otros destruye cualquier forma de hermandad o incluso de comunidad que podría interpretarse como una etiqueta identitaria amigable.

IV

There is a society. It's made up of a few men who are willing to take some risks. They don't initiate anything; they don't even choose. They are as indifferent as rain [...]. Time and silence. Those are their weapons, and they go on forever.
Song of Salomon

Morrison fue prolífica. Escribió 11 novelas, siete libros de cuentos para niños, guiones cinematográficos, musicales, libretos para obras de teatro y numerosos artículos académicos sobre literatura y política. Estuvo muy involucrada en el sistema político estadounidense y en el activismo negro de los sesenta y los setenta. Sus novelas fueron llevadas a Hollywood, e incluso Oprah protagonizó la agonizante historia de *Beloved* (película de 1998) y nunca dejó de recomendar las obras de Morrison en su famoso *Bookclub*. Oprah ganó su lugar para organizar la cultura mediática de los noventa y Morrison el Nobel de Literatura en 1993. Con el tiempo, esta espectacularidad que llega con la fama y la gloria ha hecho que Morrison sea vista como una escritora inscrita en el canon y el *statu quo* de la sociedad estadounidense. La radicalidad de sus novelas se desvaneció y poco a poco cayeron en lo común de la repetición que da la etiqueta del margen. Sin embargo, ponerlas en su justo juicio también es tarea del lector.

Quizá el mayor mérito de la obra de Morrison es remarcar que la historia de la negritud en Estados Unidos —y en cualquier otro territorio donde la institución de la esclavitud fue una realidad— es la historia de un hondo desgarramiento que busca explicarse sus circunstancias pasadas y su futuro posible. Que haya un abismo entre los momentos en los que Morrison escribió y el actual contexto de precariedad, brutalidad y explotación quiere decir que las condiciones han cambiado mínimamente. Por ello, la escritura de Morrison no sólo es importante como muestra de que el pasado nos persigue y se repite de distintas y diversas formas, sino también de que las mismas reglas parecen aplicarse sin importar si las pocas resistencias que ocurren alrededor de él intenten frenar su paso. Hay que aprender de esas historias que se muestran como derrotas, aunque no haya finales felices. **P**



Fabio Fontanella, Aenea studio. CC BY 2.0



Mujeres de la tierra: los surcos de la esperanza

Fotos: cortesía de la colectiva *Mujeres de la tierra, mujeres de la periferia*

A María, a la memoria de Fishe

Como el petate —que se teje, se desbarata y se vuelve a tejer—, las experiencias y los saberes de Gris, Magos, Leti, Alma, Mari y Chío son la urdimbre de Mujeres de la tierra, mujeres de la periferia. Esta colectiva brotó en Santa Ana Tlacotenco, uno de los 12 pueblos originarios que conforman Milpa Alta, el pulmón rural más grande de la Ciudad de México. Ellas seis, al calor del fogón, reinventan su vínculo con el campo y reexisten a través de él: juntas siembran la escucha recíproca y cosechan caminos propios para cumplir un sueño en común: sanar sus heridas, independizarse económicamente y habitar un espacio propio lejos de sus agresores.

Conocimos a Mujeres de la tierra, mujeres de la periferia a través del fotorreportaje de María Ruiz en Pie de Página. Con esta entrevista, Punto de partida tiene la intención de seguir sosteniendo los lazos para tender un puente entre ellas y aquellas otras personas que puedan intercambiar y ofrecer saberes que las ayuden en su camino.

¿Cuáles son las raíces de Mujeres de la tierra?

Chío [C]: Nos hermanan dos cosas: la violencia, que es algo muy triste, pero también los conocimientos sobre el cultivo de la tierra y las ganas de hacer cosas con ello. Ya conocíamos nuestras experiencias, a los agresores de las otras, a las familias de ellos y el contexto de cómo se concibe la violencia en los pueblos. Eso nos llevó a generar más empatía. Cada compañera tiene habilidades súper chingonas, sólo necesitábamos agarrarnos de lo que ya sabíamos hacer.

Somos seis compas: Leti, Alma, Gris, Mari, Magos y yo. Todas vivimos en Santa Ana Tlacotenco, somos vecinas de distintos barrios. Gris, Alma, Leti, Magos y Mari son casadas y tienen hijos. Todas viven con sus parejas-agresores y se dedican al trabajo informal. Leti, Alma y Gris trabajaban con un maestro vendiendo dulces y paletas. Magos siempre se ha dedicado al campo y a vender lo que cocina. Gris y Leti echaban tortillas en un puesto de barbacoa; ahí también hay precarización, violencia laboral, explotación: ellas no eran dueñas del negocio, trabajaban para los propietarios. Leti, por ejemplo, trabajaba de siete a siete por 300 pesos. Cuando llegó la pandemia todo se puso en pausa y las primeras en quedarse sin chamba fueron ellas. Gris fue la que comenzó a vender tlacoyos, y al encontrarme con estos testimonios les comenté la idea de abrazar estas prácticas, todo lo relacionado con el maíz, con el nopal, y hacer a partir de ello una colectiva no sólo para tomar pedidos y vender, sino también para trabajar nuestros procesos de violencia. Fue desde ahí, desde la escucha, como empezamos a juntarnos.

Alma [A]: Ya somos muy allegadas. Nos conocíamos desde hace tiempo, pero llevamos juntas como *Mujeres de la tierra* unos cinco meses; empezamos entre mayo y junio.

[C]: Cuatro somos de la sierra mixteca poblana. Allá nacimos, pero llevamos mucho tiempo habitando el territorio de Milpa Alta. Yo estudié Psicología, y para sostenerme y poder sacar la licenciatura fui trabajadora del hogar. Desde ahí me atravesaban muchas violencias, entonces tenía mucha necesidad de participar en un espacio de lucha y pude lograrlo; aprendí a organizarme no a través de la teoría, sino de la práctica. Sucedió algo interesante cuando llegaba a la casa por ropa limpia o a descansar: me enfrentaba con las experiencias de Gris, que ya estaba con el ojo morado; o las de Alma, que ya la habían corrido de su casa; o de Magos, que había pasado alguna situación de violencia. Me parecía que mi lucha, mi acuerpar y mi esfuerzo por estar en aquel otro espacio se quedaba en la nada porque aquí había mucho que hacer. Muchas veces me pregunté qué hacía allá si aquí también necesitamos hacer algo.

¿Cuál es la historia de su llegada a Milpa Alta? ¿Cuánto tiempo llevan aquí?

Alma [A]: Yo voy a cumplir 13 años radicando en [la Ciudad de] México.

Gris [G]: Yo llevo como 20 años aquí en Milpa Alta, desde que mis papás nos trajeron; aquí nos casamos y tuvimos a nuestros hijos. Tengo tres: uno de 15, una de nueve y otra de siete años.

[C]: Yo llegué en el 99, el 12 de diciembre; lo recuerdo por la peregrinación de la Virgen de Guadalupe. Dentro del imaginario de un padre machista, la mujer sirve para casarse, abrir las piernas, tener hijos, atender al marido y callarse. Nosotras vinimos con esa imposición en mente, pero yo, a diferencia de mis compañeras, no soy casada ni tengo hijos y me posiciono como lesbiana: rompo con los esquemas de mi padre y de mis propias hermanas. Llegar aquí con un posicionamiento distinto ha influido en cómo nos relacionamos incluso entre nosotras. Alma llegó después; todas llegamos en ese año, pero después mis papás se tuvieron que regresar al pueblo y Alma se fue con ellos. A mí me sacaron de la escuela y, cuando volví

a Milpa Alta, ella, Gris y Leti ya se habían casado. Por eso hablamos de tiempos distintos aquí en la ciudad. Poco a poco nos hemos involucrado y vuelto parte de la comunidad.

¿De qué otras formas han vivido ese imaginario machista heredado?

[C]: También con la revictimización: si una mujer está siendo violentada, ante la comunidad siempre será porque algo debe haber hecho, “anduvo de noche o sola”; siempre se duda de si están seguras que les pegaron, siempre se cuestiona lo que están denunciando. En el pueblo aún está muy normalizada la violencia y cuesta mucho más trabajo ir a denunciar porque la revictimización se ejerce tanto en el Ministerio Público como dentro de la misma familia y comunidad.

Aunque el comercio justo de productos locales hechos a mano ya es una forma de cuidarse a través de su trabajo, también hay una labor más profunda entre ustedes. ¿Cómo se cuidan cada una a sí misma y entre todas?

[G]: Ha sido muy bonito. Como somos puras mujeres, este espacio nos ha servido para desahogarnos, ver nuestros errores, escuchar consejos. Para autocuidarnos. Si vemos que alguna está muy cargada de trabajo, la ayudamos. Cuidamos que las que se dedican a lavar trastes no metan sus manos en el comal caliente, por ejemplo. Chío nos ha ayudado mucho para que cuando pasemos por algo muy difícil se sienta el abrazo de todas, el apoyo. Es muy diferente estar entre puras mujeres que entre hombres y mujeres, sí hace la diferencia.

[C]: Cada día intentamos que éste sea un espacio en el que platiquemos mientras cocinamos. Si algo le pasó a alguna de nosotras, escuchamos cómo se siente, vemos cómo la podemos ayudar. Entre más experimento esto, más me sorprende de la capacidad de apoyo mutuo que podemos encontrar y transferir. Hay días en que, si tenemos tiempo y no se tienen que ir corriendo las compañeras a su casa —porque a veces terminamos noche—, nos damos un rato para leer juntas, a veces poesía, y ahora que ya tenemos otros libros nos decimos: “llévate este libro, cuéntanos qué te ha parecido, qué dudas tienes, qué impresiones



has tenido”. Alma, por ejemplo, se está involucrando mucho en las cartitas que regalamos en agradecimiento a quienes nos hacen pedidos. Yo les digo que desde ahí escriban, que no es necesario que lo hagan con reglas gramaticales perfectas, sino desde lo que sienten. En este espacio compartimos saberes, pero no sólo sobre si el tlacoyo está crudo o si al tamal le falta, sino también experiencias. En el caso de Alma, éste es un lugar en el que puede olvidarse de todo lo que está pasando, un espacio de liberación, y como somos sólo mujeres nos sentimos seguras.

En un tiempo se popularizó el #AmigaDateCuenta, que puede caer en una exigencia vertical y poco comprensiva. Su acompañamiento se percibe distinto, ¿cómo han hermanado sus experiencias para enfrentar estas situaciones?

[C]: Claro, no le podemos pedir a la persona que está viviendo el trueno que vea la luz. Se trata de priorizar la escucha. Cuando nos alteramos y nos dejamos llevar por la emoción, debemos escuchar por qué la otra está diciendo lo que está diciendo, detenernos, no apresurarnos a hacer conjeturas o conclusiones. Yo he notado que sí hemos encarnado nuestra participación aquí y que somos conscientes de que estamos juntas para cambiar algo. No voy a romantizar el proceso porque hay muchas cosas que pasan entre nosotras, momentos complicados; aunque estamos hermanadas, somos distintas. Pero yo les comento a las compañeras que está bien expresar siempre aquello con lo que no estás de acuerdo, lo que no te gusta o no es bueno para ti y decirlo como lo sientes; está bien verbalizarlo y ponerle nombre. Lo importante es que seamos capaces de razonarlo, que haya humildad para poder reconocer en qué sí nos estamos equivocando. Y como dijera una amiga: aquí no hay errores, aquí hay procesos de aprendizaje, todas tenemos algo en lo cual trabajar. A algunas nos cuesta un poco más aprender ciertas cosas, no ha sido fácil. Esta diversidad es bien bonita, pero otras veces se vuelve complicada porque como mujeres debemos trabajar cómo nos relacionamos y esforzarnos para no repetir las violencias ejercidas sobre nosotras no sólo por hombres, sino por otras figuras, incluso otras mujeres u otros espacios. Necesitamos cuidar la forma de vincularnos porque, si ya nos violentan por todos lados, hacerlo entre nosotras... pues no, no está chido.

Para ustedes, mujeres que viven en y del campo, ¿qué sentido tiene el lema “La tierra es de quien la trabaja”?

[C]: Con el proyecto nos hemos dado cuenta de que no basta con que la familia del agresor vea que te partes la madre para trabajar en la casa que estás construyendo en el terreno de ese güey. Cuando hay conflictos, cuando sacan a una mujer a la calle, la familia no ve que ella deja su vida y su esfuerzo en ese lugar. Sólo la juzgan y condenan, y enfatizan que el terreno es de él porque está a su nombre, no ven lo demás. Es algo muy fuerte. Aunque ella no tenga el documento de la propiedad, por derecho le corresponde algo porque ella también trabaja para que esa propiedad se pueda construir. Se quedan en esta idea del hombre como proveedor porque trabajó y compró el material, pero no ven que la mujer estuvo ahí preparando comida para él, para que tuviera

ropa limpia, para que los niños comieran... Ése también es trabajo, y a ella nadie le paga, pero debe considerarse. En el caso de las compañeras de la colectiva, ellas también trabajan fuera, son proveedoras y aun así cargan con toda la responsabilidad en la casa.

¿Cuáles son las posibilidades de una mujer para ser propietaria de una tierra o para heredarla?

[A]: En Milpa Alta las tierras son ejidales y hay más oportunidad para los hombres. Los papás piensan en heredar a los hijos hombres; a las mujeres les dicen: “a ti como mujer te va a llevar el marido y te vas a ir, el terreno que tenemos se lo vamos a dar a él que es hombre”. Nos hacen menos. En mi caso yo rento, y antes pensaba: “¿cómo dejo a mi agresor si no tengo un trabajo que me dé para una renta?, tengo a mis hijos chiquitos”. Ahora, con este proyecto, gracias a Dios, pienso un poco diferente; tengo un poco más de dinero y podría dejarlo.

[C]: Comentábamos antes que como comunidad hay una cosmovisión, ideologías. Otra compa me decía que tiene la preocupación de qué le va a dejar a su hijo hombre. En cuanto a la hija, se da por hecho que se va a casar y que no tiene que preocuparse por el terreno porque con quien se va ya tiene uno.

En la convocatoria del trueque de saberes buscamos a una abogada que trabajara derecho de lo familiar y de la propiedad para investigar e informarnos un poco más. Por ejemplo, si una compañera dice: “yo ya quiero dejar a mi agresor”, no es sólo irse; hay otras implicaciones. No podemos dejarla para que se las arregle sola, la vamos a acompañar, no vamos a dejar que se vaya con las manos vacías porque ésa también es su casa. Para eso necesitamos tejer muchas redes.

A propósito de la organización política de la vida rural conurbada, ¿han hecho lazos con otras mujeres en resistencia?

[C]: Es una tarea que está emergiendo. Hemos conocido a otras compañeras que están luchando desde sus trincheras, a su forma y a su modo; nosotras nos sumamos a las luchas que nos atraviesan a todas las que habitamos estos territorios. Como mujeres nos hemos involucrado acuerpando estas luchas. Es bien bonito porque así sabemos las unas de las otras. Tejemos juntas.

Y hay de periferias a periferias. La de Milpa Alta es una periferia rural que ha resistido en muchos sentidos. Es una de las alcaldías que reserva mucho más territorio para siembra y cultivo que cualquier otra, incluso que Xochimilco. Existen espacios donde aprender a sembrar, no nada más en tu huertito de azotea; también está la posibilidad de comprar un terreno y sembrarlo, todo sin salir de la Ciudad de México.

Todas vivimos nuestros feminismos de maneras distintas. Para nosotras, el feminismo nace todos los días desde la mentalidad, la experiencia y la vida de cada una. Creemos y comprendemos la diversidad de los feminismos, los respetamos y apoyamos mucho. Nos posicionamos desde la claridad de la diversidad, y nunca nos atreveríamos a juzgar a ninguna mujer por no hacer las cosas como nosotras pensamos que



debería. Si alguna llegara a replicar algún tipo de violencia, no la juzgaríamos como lo haríamos con un agresor hombre porque no hay comparación. Aquí no hay pecado: en lugar de juzgarla, de excluirla, la abrazaríamos más fuerte y la acompañaríamos para trabajar su proceso. Queremos hacer las cosas diferente. Nuestro trabajo es por y para las mujeres; no importa si es chaparrita, alta, si es de la okupa, si es de clase alta... Somos mujeres, y como tales nos respetamos. Lo hemos vivido con las compas de aquí, de la periferia, pero también con quienes nos han hecho pedidos y han estado al pendiente. Valoramos mucho eso. Somos como la semilla que nació de la tierra. Pero no habríamos crecido si no fuera por todas las que nos han comprado, eso ha hecho que sigamos existiendo. Somos gracias a las redes de apoyo.

Dentro de la cosmovisión de su comunidad, ¿cómo describirían su identidad? ¿Qué de las tradiciones es importante proteger?

[C]: Creo que conservas aquello que te genera sentido, que no te lastima, que no te hace daño; te haces a un lado de aquello que te duele. Si te lastima no está bien, aunque te digan que es por amor. Hay cosas que conservar: el respeto a la tierra, saber sembrar, cultivar, cocinar, escuchar. Necesitamos reconocer a la otra, al otro, que camina al lado nuestro en la calle, en el metro; detenernos unos minutos. Por ejemplo: aquí en Tlacotenco, por Día de Muertos, se acostumbra poner fogatas. En todas las calles, en cada casa, las familias salen y ponen la suya. Si un helicóptero tomara fotos parecería panteón gigantesco porque todas las familias salen a soplar, a platicar, ponen música. Hablamos de la fogata, del fuego, del fogón. Nosotras como colectiva decidimos abrazar el fogón como un símbolo de lucha y resistencia. Mucha gente podría decir: "pues sí, el fogón es el que convoca a las mujeres en la cocina, reproduce el rol de género...". Nosotras decidimos revalorar esos saberes que como mujeres nos vamos transmitiendo: la cocina, cultivar la tierra. No cualquier hombre va a venir y se va a armar un buen mole. Son cosas que sabemos hacer y de ahí nos agarramos: de resignificar lo que el fogón representa para nosotras y el vínculo de ser hermanas. Nos decimos así porque de verdad nos hermana, entre otras cosas, el ser mujer. El

fogón no sólo convoca a cocinar: alrededor de él platicas qué soñaste, cómo te sientes, qué vas a hacer mañana, cómo lo vas a hacer, cómo lo vas a resolver. La escucha de la otra, de sus opiniones y su forma de vida, te puede dar herramientas para que tomes una decisión.

Ahora, sobre la alimentación "sana" hay que preguntarnos: esa lechuga "saludable" que te venden en el WalMart, ¿cómo fue cultivada? La torta vegana que te venden en Insurgentes, ¿de qué está hecha? Depende mucho de conocer. En nuestro Instagram no sólo promovemos nuestras ventas, sino también compartimos saberes. Si quieres comprobar si una tortilla es de maíz azul, por ejemplo, échale unas gotas de limón; si se despinta y se pone rosita, sí es. La cocina es oro puro, y México aún tiene un chingo de gente que cocina día a día.

El valor y los aprendizajes que están cosechando para cambiar su vida es un gran legado para sus hijas e hijos, ¿qué más les gustaría heredarles?

[G]: A mí me gustaría que mi hijo no sea machista, que sea un joven que sepa hacer tanto lo que hace una mujer como lo que hace un hombre. En la actualidad los hombres pueden hacer quehacer, lavar trastes, su ropa, ser independientes. Me gustaría que estudiara. Veo a las muchachas que nos han visitado y que han estudiado, a mi hermana Chío, y es bonito porque ya están muy abiertas de ojos, ya no las engañan, están muy preparadas. Para mis hijas, quiero que no tengan una vida como la mía, que se superen y vivan cosas que nosotras no pudimos, a lo mejor por nuestras malas decisiones.

[A]: Tengo una niña y un niño. Quiero platicar con mi niña y decirle que no se debe dejar nunca de un hombre, que vale lo mismo. Ella va conmigo a trabajar, le da mucho gusto ir y aprender. No sólo es importante estudiar; también saber todo eso que nos dejaron nuestras abuelas, nuestras mamás: hacer tlacoyos, tortillas. Quiero que aprenda eso y que estudie. Se pueden ambas cosas. Igual con mi niño: que le eche ganas, que no sea machista como los agresores que tenemos en casa. Hay que dejarles buenos saberes, están chiquitos y aprenden de todo: lo bueno y lo malo.

[C]: Yo no tengo hijos, pero lo que veo en las niñas, los niños, les niñas es que en sus manos está cambiar

muchas cosas que estamos viviendo; pero eso también depende de nosotros como adultos. Hay una frase: "nadie ama lo que no conoce", y nadie va a repetir lo que no le es transmitido. Yo quisiera que *Mujeres de la tierra* enseñara a los retoños a que se amen y aprendan a tener vínculos sanos, respetuosos, armoniosos; a que construyan codo a codo. Que sea una generación que nos enseñe a las personas adultas que sí se puede convivir y crear una sociedad que vaya para adelante.

Respecto a los saberes: es tan valioso que tengas un título universitario como que aprendas a cultivar la tierra. El papel de la campesina y del campesino nos va salvar de muchas cosas. Hay que enseñarles a que acojan la diversidad para construir, no para excluirse; que abracen lo comunitario y hagan a un lado el individualismo, el egoísmo. Alguien podría decir que transmitir un saber puede hacer que se reduzcan los ingresos porque ya no van a comprar tanto. Nosotras no lo pensamos así: no vemos a la otra como competencia. Queremos compartir lo que sabemos, porque si no qué sentido tiene nuestro discurso. Así vamos a ser muchas las que hagamos tortillas: 20, 50... Sólo así nos vamos a chingar al verdadero enemigo: esos sistemas de las tortillerías que venden transgénicos. Ésos son nuestros enemigos porque no nos están alimentando como necesitamos. Es importante saber qué estamos comiendo y qué realmente es el maíz; como el azul, que debería tener más valor por sus propiedades, por ejemplo.

Si pudiéramos amplificar su voz y acercar a Mujeres de la tierra a más personas, ¿qué otros saberes necesitan?

[C]: Valoramos todo tipo de saber, pero ahorita nos interesa lo que nos permita trabajar nuestros procesos de violencia: apoyo psicológico, jurídico, apropiación del cuerpo. Algo que nos interesa mucho y que no se ha concretado, aunque lo hemos buscado, es lo ginecológico: es importante saber si alguna verruga es síntoma de VPH o es otra cosa, por ejemplo. Todo lo que nos apoye con los procesos de violencia de las compañeras lo agradeceríamos mucho. También nos interesa la crianza de los niños, el autocuidado, el amor propio.

[G]: Yo estoy muy interesada en el apoyo psicológico. Tengo algunos problemitas con mis hijos y eso me ayudaría mucho, quisiera trabajarlo.

Retornando a la pregunta con la que iniciaron esta conversación: después de empezar a reexistir como Mujeres de la tierra, ¿cómo está su corazón?

[A]: Hace seis meses mi corazón estaba casi quebrándose; ahora está muy contento por esta oportunidad que se nos brindó. Hemos salido de muchas cosas de las que no podíamos. Mi corazón está bien conmigo misma, con mis compañeras, con mi trabajo...

[G]: Mucho ha cambiado mi corazón, la cuestión económica nos ha ayudado mucho y es muy diferente. Nos estábamos tronando los dedos pensando qué íbamos hacer, no había dinero; esto nos ha levantado el ánimo, sí se puede. Nos ha dejado muchas enseñanzas esta colectiva. Me gusta porque hemos conocido y socializado





con muchas personas, por lo regular puras mujeres. Eso cambia tu corazón porque te hace sentir tranquila, estar bien económicamente. Quizás no para aventar pa' rriba, pero tener qué darle de comer a nuestros hijos es muy importante. Me siento más libre, más tranquila, feliz porque eres independiente, sales y sabes que vas a traer un dinero que aportar del cual dependen tus hijas.

[C]: Mi corazón está de dos maneras: en llamas y mezcladito de muchas emociones. Por un lado siento mucha alegría, mucho gusto. Veo a Gris, a Alma, a Leti, a Magos, y ya no son las mismas. No son las mismas desde que deciden organizarse un día antes para ir al taller, para los pedidos que hay. Es bien bonito ver cómo eligen quién va al molino, quién va a comprar, quién hace los tamales; cómo han encarnado estas decisiones, cómo se han concretado los procesos para sacar las tareas. También cómo se expresan: a Alma le costaba mucho trabajo y ahora ya puede; Gris ya comienza a abrirse sin la preocupación de qué va a pasar después de expresar lo que siente.

Ninguna de las compañeras sabía andar en metro. Yo me encargaba de repartir, pero desde hace un mes tuve que entrar a trabajar. Al principio me llevaba a Leti para enseñarle. Me sentí como la mamá que lleva a sus hijos por primera vez al kínder: cuando Alma y Leti salieron a repartir, yo estaba muy preocupada, atenta de cómo iban. Ahora estamos todas involucradas de una manera más horizontal. Poco a poco nos hemos encargado de que las seis participemos en todo. Antes sólo yo estaba a cargo de la página; ahora todas tienen acceso a ella, a los mensajes, y pueden ver cuántos pedidos hay. No se trata de entregar y ya, sino de conocer a las personas, ponerles un rostro a aquellas palabras que te escriben e intercambiar con ellas. Que sigamos existiendo me pone el corazón en llamas de alegría. No sólo por los pedidos, sino por lo emocional.

También me preocupa que a veces no haya encargos. Podemos estar muy entusiasmadas pero el dinero también se necesita. Los objetivos fuertes de esta colectiva son nuestra autonomía económica y el acompañamiento de nuestros procesos de violencia. Nosotras vendemos lo que preparamos, no sólo pedimos dinero. Queremos que nos compren con un precio justo y digno para ambas partes, ser conscientes de las dos realidades. No queremos nada regalado, no nos interesa el paternalismo que hace que la banda no trabaje y que no desarrolle sus habilidades. Me preocupan cosas como los señalamientos; me repito que no hay errores, pero no deja de ser doloroso. En fin: hay de todo un poco, pero es puro abono pa' florear. 📍

N. de la E.: *Mujeres de la tierra* preparan tlacoyos, tamales y otros productos derivados del maíz y del nopal. Para realizar pedidos se les puede contactar mediante su cuenta de Instagram: @mujer_esdelatierra

A París por Madrid

LUISA VALENZUELA

Quisiera no tener memoria o convertirme en el piadoso polvo para escapar a la condena de mirarme.

Elena Garro

“A París por Madrid”, dice un señalamiento en pleno centro de la Ciudad de México. La primera vez que leí esas palabras acababa de mudarme, todo era nuevo y en la novedad encontré confusión. Por ello, a pesar de los más de 9190 kilómetros de distancia, lo entendí como un señalamiento para dirigirse a esas dos ciudades; sentí como si sólo fuera necesario cruzar unas cuantas cuadras para llegar al destino. Después de imaginarme cruzando el Atlántico y Madrid para llegar a París, aplaudí la imaginación y la inocencia de una mente despistada.

Casi un par de años después, hojeo por primera vez *Diálogos con Elena Garro*, dos grandes y pesados tomos de Patricia Rosas Lopátegui; los hojeo con una intención clarísima y más que imposible: crear un vínculo y por ósmosis absorber 700 páginas de información y profundo análisis en segundos. Al pasar las hojas, algo hizo que me detuviera: el inicio de un capítulo en la página 99 del primer tomo. “MÉXICO. ESPAÑA. PARÍS”, leí, y enseguida me golpeó un *déjà vu*. De inmediato reconocí la experiencia: como la primera vez que nos encontramos, Elena. Ese momento me arrancó de mi cotidianidad y me llevó, por unos segundos, a un hallazgo sorprendente, casi poético. La emoción genuina de sentir entre mis manos el peso de varias respuestas a las que alguna vez tuve preguntas. Así es leer sobre Elena Garro: tanto ha pasado, tanto se ha dicho y tanto no se ha dicho, que tener la posibilidad de conocer más, ir por el camino encontrando conclusiones y dogmas, es el tesoro que todos esperamos.



Patricia Rosas Lopátegui.
Diálogos con Elena Garro. Entrevistas y otros textos.
Vols. I y II.
Editorial Gedisa.
Ciudad de México, 2020, 740 pp. y 896 pp.



De una u otra forma, prácticamente todos conocemos a Elena Garro. Hemos escuchado parte de lo sucedido en el 68, sus andares o los no siempre exitosos intentos por homenajearla como se merece. Pero a pesar de que su vida siempre estuvo al alcance de los medios y de que conocemos al menos un fragmento de ella, su papel en la literatura y la historia mexicana sigue ensombrecido por todo lo que la ha rodeado. Es gracias al trabajo de Rosas Lopátegui que podemos alumbrar el círculo de información que existe en torno a Garro. Sus títulos anteriores nos han acercado poco a poco a cada una de las facetas de esta autora mexicana del siglo XX: *El asesinato de Elena Garro* (2005), *Elena Garro: yo quiero que haya mundo* (2008) y *Cristales de tiempo: poemas inéditos* (2016), entre otros. Ahora, en *Diálogos con Elena Garro* tenemos una nueva oportunidad para adentrarnos en sus investigaciones. Desde las primeras páginas logramos responder a preguntas soterradas sobre el paso de Garro por este mundo, y conforme avanza la lectura nos sumergimos en capítulos de su vida que hasta ahora no tenían una respuesta clara.

El compendio tiene un tono informativo muy marcado y constante; Rosas Lopátegui nos lleva por opiniones, anécdotas y momentos clave que nos permitirán conocer a fondo la historia que rodea a una de las representantes más importantes de la literatura en México y Latinoamérica. En las más de 1 600 páginas no sólo encontramos el punto de vista de críticos y figuras reconocidas —como Juan García Ponce, José Emilio Pacheco, Lucía Melgar, Edmundo Derbez, María Luisa Mendoza, Carlos Landeros y Alejandro Toledo, entre otros—, sino la voz de la misma Garro, tan afilada como siempre, hablando de lo que le parece y de lo que no, de sus obras, influencias, inspiraciones y metas. Un ejemplo que vale la pena mencionar es la reseña que hizo sobre *La región más transparente* de Carlos Fuentes: dura, crítica y directa, lo acusa de tener una imaginación sin pies ni cabeza e incluso de enloquecer al lector que se impacienta en la espera de absorber palabras que Fuentes no logra transmitir. Pues bien, esa reseña inteligente le costó ser rebautizada como Elena “Garra”. He ahí uno de los valores añadidos de ambos tomos: conocer de primera voz lo que Elena Garro —enunciándose como ella misma— tenía por decir, y las consecuencias (buenas o malas) que eso le ocasionó.

Fuera de la adicción que puede ocasionar una lectura por placer, *Diálogos...* ofrece información completa y fidedigna para cualquier investigación histórico-literaria, sin importar lo específica o lo universal que sea. Una lluvia de textos: críticas, reseñas, comentarios, entrevistas y fotografías sobre, para y de Elena Garro. Conocemos de manera detallada sus inicios en la literatura: las famosas tertulias en calle Etna, por ejemplo, en la casa que en esos momentos pertenecía a Francisco Tario y a Carmen Farrell (vecinos de patio de la pareja Garro-Paz), y que durante la década de los treinta se volvieron costumbre, con lo cual Garro pudo abrirse paso entre reconocidos nombres de la literatura y las artes de forma sutil y sencilla, pues en esos momentos escribía mas no publicaba. Redescubrimos la raíz de sus grandes obras: su lado periodístico, muestra fiel de su ingenio. En el primer tomo encontramos

artículos y entrevistas realizadas a Garro en las que habla sobre su relación con los campesinos de Ahuatepec; en sus palabras se refleja el genuino interés —casi cariño— que le despertaban ellos, por quienes hacía todo lo que estuviera en sus manos (llegó a desinflar llantas de Cadillac y Mercedes Benz pertenecientes a políticos e intelectuales) para hacer frente a quienes los trataban con desprecio y les negaban cualquier ayuda. Estos textos dan testimonio de que, desde sus inicios, Garro dio voz a los menos escuchados, algo que evolucionó después de que ella misma se convirtiera en un ejemplo de lo que pueden ocasionar las persecuciones, los silencios y el exilio.

Aproximadamente un tercio de ambos tomos está dedicado a lo sucedido en 1968. A más de 50 años del 2 de octubre, muchas cosas siguen sin tener sentido o respuesta clara (por lo menos para mí). Esos pasajes sirven para alumbrar aquella época, pues gracias a Rosas Lopátegui entendemos un poco más sobre los choques de Garro con otras personas del medio, sus alianzas con Madrazo, su intento de interceder en la situación con los estudiantes, la denuncia de Campos Lemus y sus acusaciones hacia 500 intelectuales, es decir: todo lo que terminó por empujarla al centro del conflicto, y que culminó en su persecución y posterior exilio. Después de estos capítulos nos topamos con la nueva etapa de Garro: su estatus de no persona, sus intentos por sobrevivir en Nueva York, Madrid y París, y la gran mancha que quedó en su nombre.

Es aquí donde ambos tomos aportan aún más a la investigación sobre Garro y, como dice Rosas Lopátegui, “reivindican su palabra”, pues acercan a la autora a la verdad desde diversas caras de la historia. *Diálogos...* toma y reúne la información necesaria para realizar una bitácora (así lo llama la misma autora) de los años de Garro, nos lleva de la mano y nos ofrece la oportunidad de entender la trascendencia de esa historia: la creación de sus obras más reconocidas, la defensa de sus ideales y los momentos de huida narrados por ella misma (un material hasta ahora inédito). Rosas Lopátegui nos permite formular nuestras propias conclusiones, y me tomo la libertad de informar al incauto que, una vez que te sumerges en el relato que se nos presenta, es difícil resistir las ganas de regresar a él, y terminas por ver y sentir cada episodio en piel propia.

El futuro lector encontrará en estas páginas a la gran Elena Garro: la periodista, la dramaturga, la cuentista y cuantos más títulos se merece; leerá sobre sus travesuras y tragedias narradas a varias voces (la suya incluida); y lo más importante: conocerá a la Elena que olvidaron, a la que venimos a recuperar poco a poco. Cuando la encuentren sentirán que ya lo conocían todo, que ya la habían leído antes, que ya habían andado a París por Madrid. 📍



El miedo es blanco

DANIEL OCHOA



Mónica Ojeda

MANDÍBULA

CANDAYA

Mandíbula.
Mónica Ojeda.
Editorial Candaya.
Barcelona, 2018, 288 pp.

Con tan sólo 32 años, la ecuatoriana Mónica Ojeda ha publicado tres novelas, dos poemarios y dos libros de cuentos (*Las Voladoras* es el más reciente), y obtenido varios reconocimientos. En 2017, por ejemplo, fue considerada una de los 39 mejores escritores latinoamericanos menores de 40 años incluidos en la lista Bogotá39. Estamos frente a una de las voces narrativas más interesantes del presente —junto a Mariana Enriquez, Liliana Colanzi, Valeria Luiselli y María Fernanda Ampuero, entre otras—, dueña de un estilo desafiante, oscuro y atrevido, en ocasiones incómodo. A la autora le interesa explorar terrenos en apariencia discordantes: aquellos en los que coinciden los afectos y la violencia, la ternura y la sangre, el amor y la muerte.

En su tercera novela, *Mandíbula* —ubicada por *El País* como uno de los 50 mejores libros del 2018—, Ojeda explora en casi 300 páginas las obsesiones que la han acompañado desde el inicio de su carrera. Sexualidad, amistad, violencia y familia son los ejes alrededor de los cuales se entrelazan los tres personajes principales: Fernanda y Annelise, dos adolescentes que estudian en el Colegio Bilingüe Delta —mejores amigas, hermanas (sin serlo) y confidentes, pero también rivales—, y Clara, una profesora con una enfermiza historia materno-filial que comienza a trabajar en el colegio luego de una experiencia traumática en su último trabajo. Con una prosa sencilla, pero con visos líricos (“Sólo las caderas anchas pueden parir las dimensiones del universo”, “Un enigma natural. Un paisaje de garras”, “Abrió los párpados y le entraron todas las sombras del día que se quebraba”), Mónica Ojeda nos entrega una novela cruda, convulsa; un torbellino de violencia, manipulación y

venganza. Una historia llena de miedo. “Dientes rechinando y mandíbulas: esa fuerza guardada en los huesos que no habitaba en su boca”.

La trama se lleva a cabo en un colegio de élite del Opus Dei, en la ciudad de Guayaquil. Con bien logrados saltos en el tiempo, *Mandíbula* presenta a Clara, una joven profesora obsesionada con su madre difunta —“muerta hace cinco años pero más viva que nunca en sus pensamientos”— que ha secuestrado a una de sus alumnas: Fernanda. En otro plano temporal, la novela narra lo que ocurre cuando Fernanda y Annelise inician a su grupo de amigas en el culto al Dios Blanco; mediante rituales sadomasoquistas, las estudiantes exploran la violencia eruptiva de la adolescencia a través de su afición a las *creepypastas*, narraciones colectivas de terror en Internet. De entre su amplísimo inventario de influencias, sobresale la identificación de la autora con atmósferas desoladoras de H. P. Lovecraft, aunque también encontramos referencias a Stephen King, Edgar Allan Poe y a la cultura *pop* en general. Ojeda usa este bagaje con una escritura que se pasea sin contratiempos entre una prosa directa y una poesía refinada para, de manera sutil, criticar la estructura de clases sociales, la relación entre madres e hijas y, sobre todo, entre mujeres. Los personajes femeninos llevan el peso de la novela mientras que los masculinos se convierten en pasajeros, no trascienden lo anecdótico.

Mandíbula no es sólo un *thriller* psicológico: también es un ensayo del terror, de lo que Ojeda entiende como terror. Se trata de uno que sí va acompañado de esos ambientes lúgubres que generan desazón en el lector, pero se aleja un poco de los fantasmas —que, aunque sí cohabitan con los personajes, funcionan como acompañantes, espectros efímeros— y de lo grotesco, y se acerca más al terror que existe en la otredad: “El infierno son los otros”. Un juego donde las víctimas pasan a ser victimarios y donde el golpe y la sangre vendrán de quien más nos ama.

Mandíbula es, pues, una novela que dejará satisfechos no sólo a los amantes del género del terror: también a quienes gozan de una pluma honesta que no teme hablar de lo que no debe ser narrado. **P**

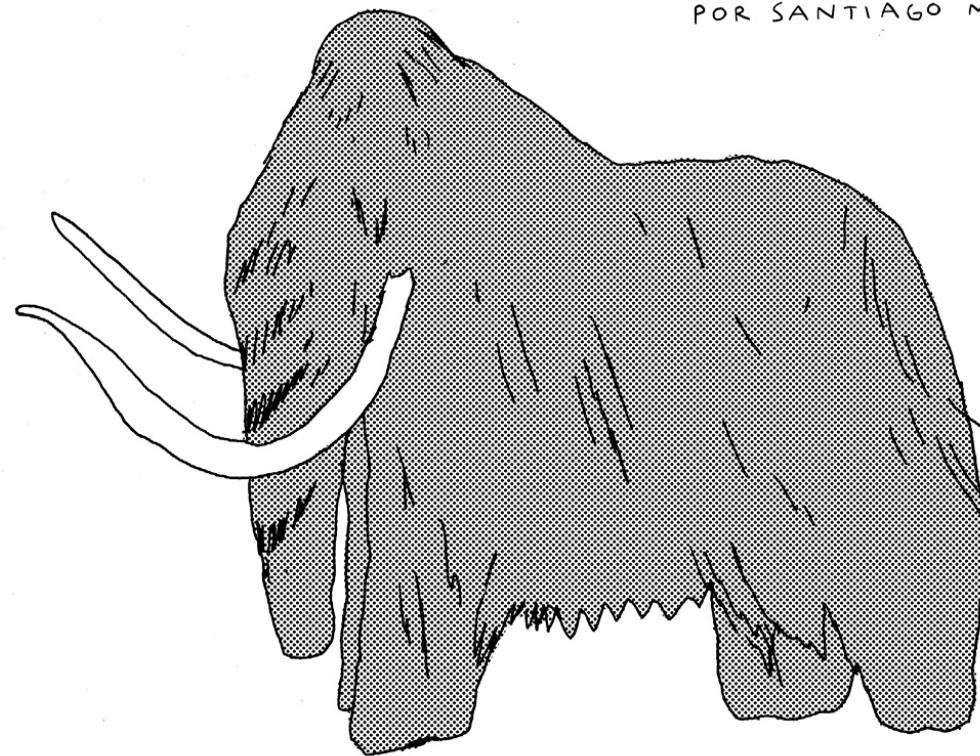


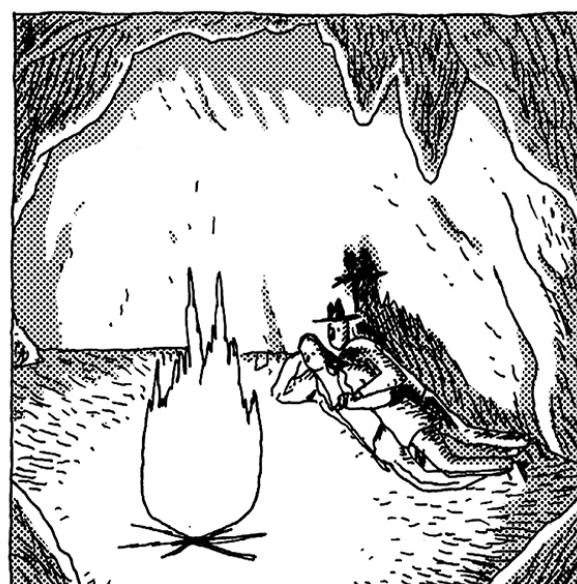
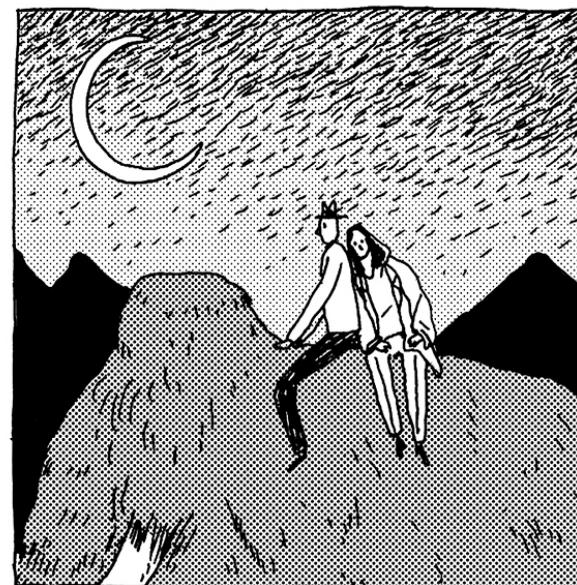
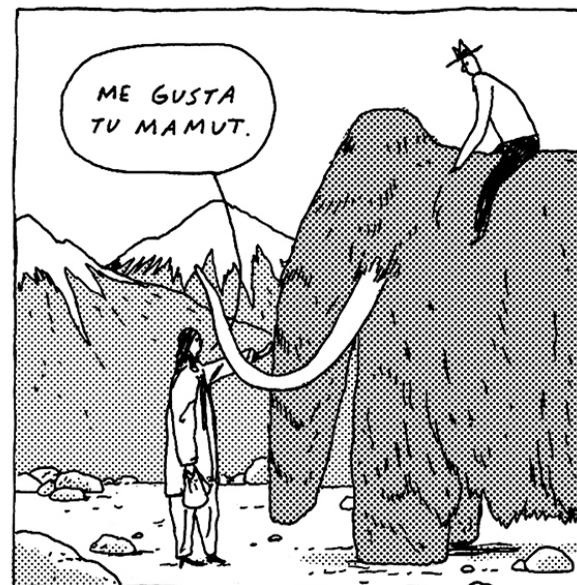
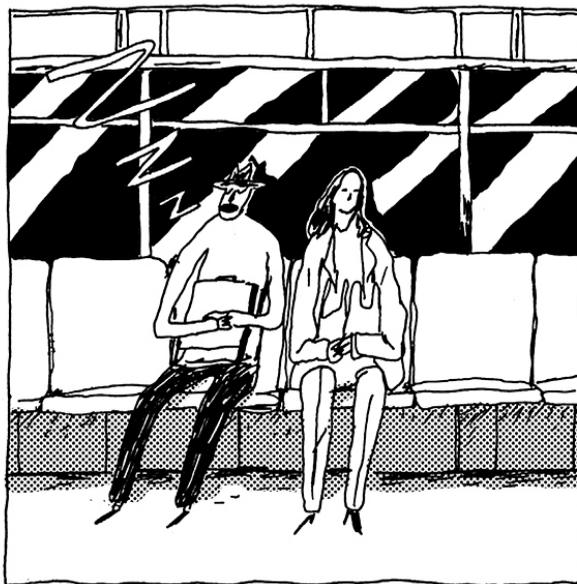
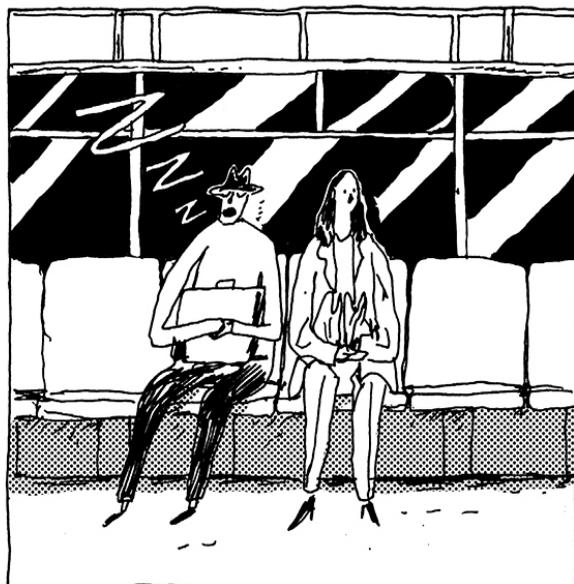
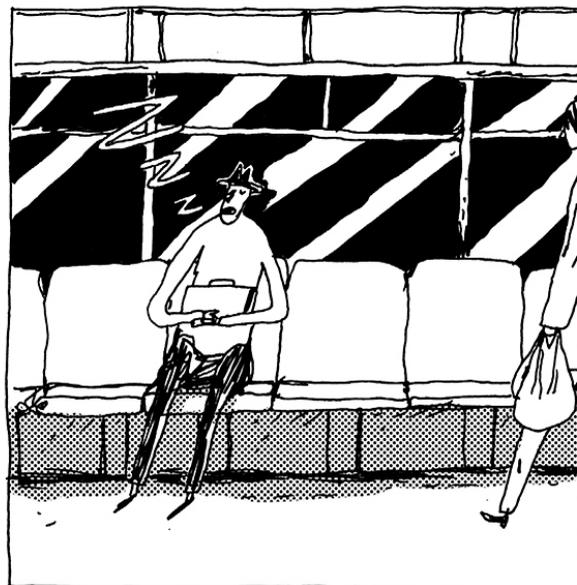
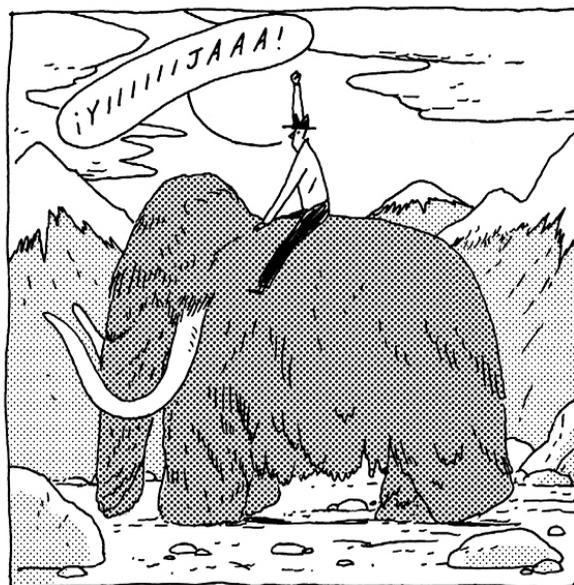
Xochipilli Tovar. *Cuando en mis sueños no sé si entro o salgo*

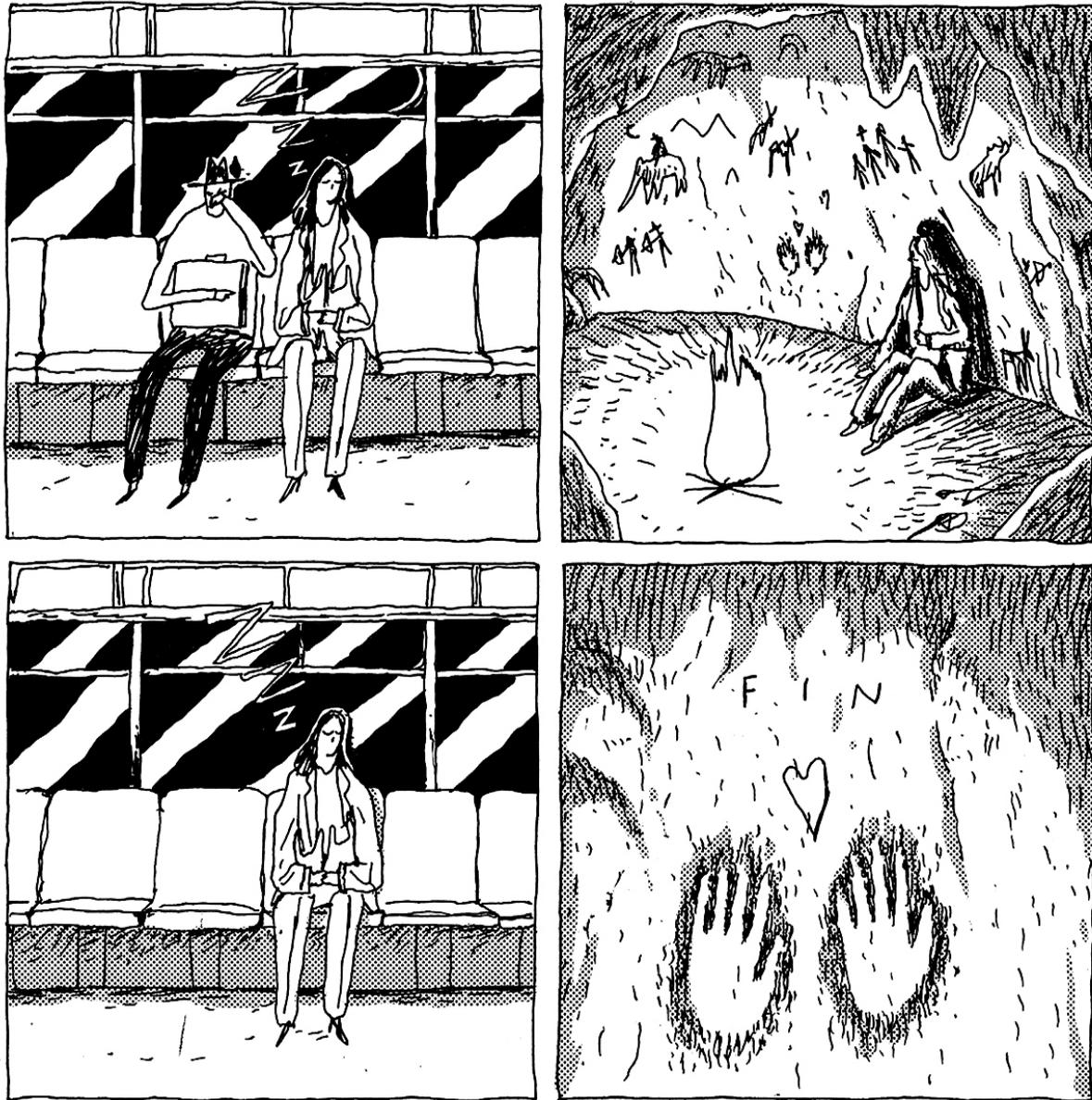
TINTA SUELTA

RUPESTRE

POR SANTIAGO MOYAO







• COLABORADORES •



Gustavo Ramirez
(Tlaxcala, 1992).
Egresado de la licenciatura en Comunicación de la UPAEP. Se desempeñó como reportero de nota roja en *Tribuna Noticias*.
Instagram: Taboobs
Twitter: Taboobs



Mónica Vázquez Sámano
(Ecatepec de Morelos, 1998).
Estudiante de Lengua y Literatura Hispánicas en la FES Acatlán UNAM. Ha publicado en *Revista Tabaquería* y en *Poesía de Morras*.
Twitter: santabebedora



Joaquín De la Torre
(Ciudad de México, 1991).
Autor de *te soñé/sombra* (2015) y *Un cementerio que fue bosque* (2020). Fue becario de la FLM (2017-2018) y en 2019 realizó una residencia artística en Montreal con apoyo del FONCA y del CALQ.



Myrna Caballero (Ciudad de México, 2001).
Estudiante de Ciencia Política en el ITAM. Ha publicado en medios y revistas digitales como *Cultura Colectiva*, *Sinfin* y *Los Heraldos Negros*.
Twitter: myrna_caf



Jerome Silva
(Tlalnepantla, 1997).
Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM. Sus traducciones de poemas catalanes se han publicado en la revista *Primera Página*.
Twitter: mentagria



Luisa Valenzuela
(Chihuahua, 1994).
Licenciada en Letras Españolas por la UACH. Participó como correcompiladora de *Rumbo al siglo* (2017). Ha sido tallerista en *Alas y Raíces*.



Maximiliano Sauza Durán
(Querétaro, 1993).
Arqueólogo y maestro en Literatura Mexicana por la UV. Es autor de obras ganadoras de premios nacionales e internacionales, entre ellos el Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo 2020.



Zoé Castell (Iguala, 1990).
Antropóloga social. Ha colaborado en las revistas *Los Bastardos de la Uva* y *Lado B*, y en la antología *El hambre heroica* (2018).



Montserrat Rodríguez
(Tijuana, 1993). Recibió la beca Inés Arredondo para el Encuentro Internacional 13 Habitaciones Propias y la residencia La Güera Trigos del programa *Under the Volcano*.
Obtuvo mención honorífica en el Premio Binacional de Novela Joven Frontera de Palabras 2019.



David Anuar (Cancún, 1989).
Poeta, dramaturgo y traductor. Maestro en Historia por el CIESAS. Ganador del Premio Francisco Javier Clavijero 2019 y del Premio Estatal de Poesía Tiempos de Escritura 2020. Autor de *Memoria de Gabuch* (2020). Editó la obra completa de Adriana Cupul Itzá *Y mi cuerpo no ha muerto* (2018).

• COLABORADORES •



Ramón Alberto Rangel Flores (Chihuahua, 1992). Licenciado en Letras Españolas por la UACH. Autor de *Mortero* (2016, Premio Nacional de Poesía Rogelio Treviño 2015). Obtuvo el Premio Estatal de Literatura Joven "Rogelio Treviño" 2020 en Poesía.

[Barbasdetoro](#)
[barbasdetoro](#)



Guly Miller (Ciudad de México, 1995). Egresada de la licenciatura en Teatro de la UDLAP. Escribe y dirige. Becaria del Curso de Creación Literaria de la FLM y la UV (2017) y del PECDA (2019), ambas en Dramaturgia. En 2016 fundó el colectivo escénico *Trabajos de Amor Perdidos*.

[Guly Miller](#)
[Guly_Miller](#)



José Leonardo Solano Marcial (Veracruz, 1999). Estudiante de Letras Españolas en la UV. Ha publicado en *Tintero Blanco*.



Daniel Ochoa (Ciudad de México, 1985). Escritor. Ha colaborado en *Revista Juggernaut* y en *Mundo de Escritores*, así como en la antología *Cien relatos sobre la pandemia* (2020).

[otrordan](#)
[otrordan](#)



Mauricio Mejía Romero (Ciudad de México, 1995). Licenciado en Historia por la UNAM.



Franco García (Coyuca de Benítez, 1987). Economista por la UNAM.

[franco.garcia.3511](#)



Ely Granados (Ciudad de México, 2000). Estudiante de Fotografía en la Escuela Activa de Fotografía.

[chu_graor](#)

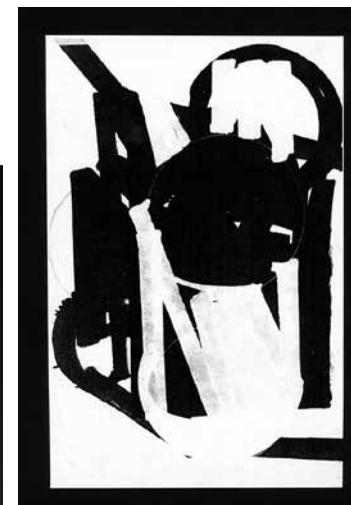


• COLABORADORES •



Ivan Fdez (Ciudad de México, 1991). Artista autodidacta enfocado en el arte abstracto. Su obra ha sido expuesta en la Ciudad de México, Londres y Madrid.

[miscosmia](#)



[XploGenia](#) [XploGenia](#)



Xochipilli Tovar (Ciudad de México, 1987). Maestra en Comunicación por la IBERO. Se dedica a la creación de contenidos digitales y al estudio de la expresión artística y corporal desde el autoconocimiento. Cuentos suyos aparecen en la antología *Decapitar de nuevo a las estrellas* (2006).

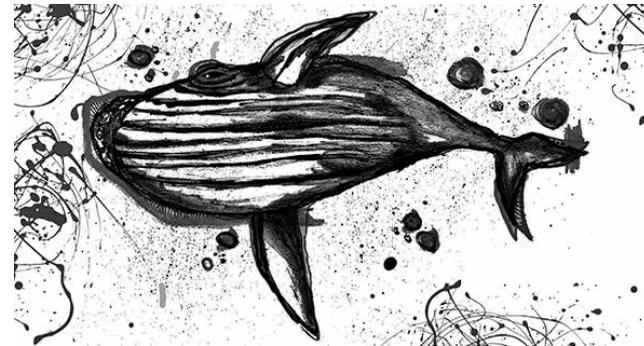


• COLABORADORES •



Natanahel Lozada "Sr. Ajolote" (Ciudad de México, 1988). Licenciado en Comunicación y Cultura por la UACM. Ilustrador, artista visual y director general en "Sr. Ajolote". Ha publicado en *Punto de partida*, *Ágora* y *La Pulcata*. Ha expuesto obras dentro del país y en Colombia.

Instagram: [Natanahel / sr_ajolote](#) Facebook: [Sr Ajolote](#)



Shakti González (Ciudad de México, 1992). Egresada de la licenciatura en Filosofía de la UNAM. Miembro de *Sigillum Seminario* de la FFyL dedicado a estudios sobre el alma, el hermetismo y lo imaginal, temas que incorpora a su trabajo gráfico. Se desempeña como ilustradora, miniaturista y profesora de alemán.



• COLABORADORES •

TINTA SUELTA



Santiago Moyao (Ciudad de México, 1993). Ilustrador. Egresado de Comunicación de la IBERO. Actualmente es becario del FONCA.

Instagram: [santiagomoyao](#) Website: [santiagomoyao.com](#)



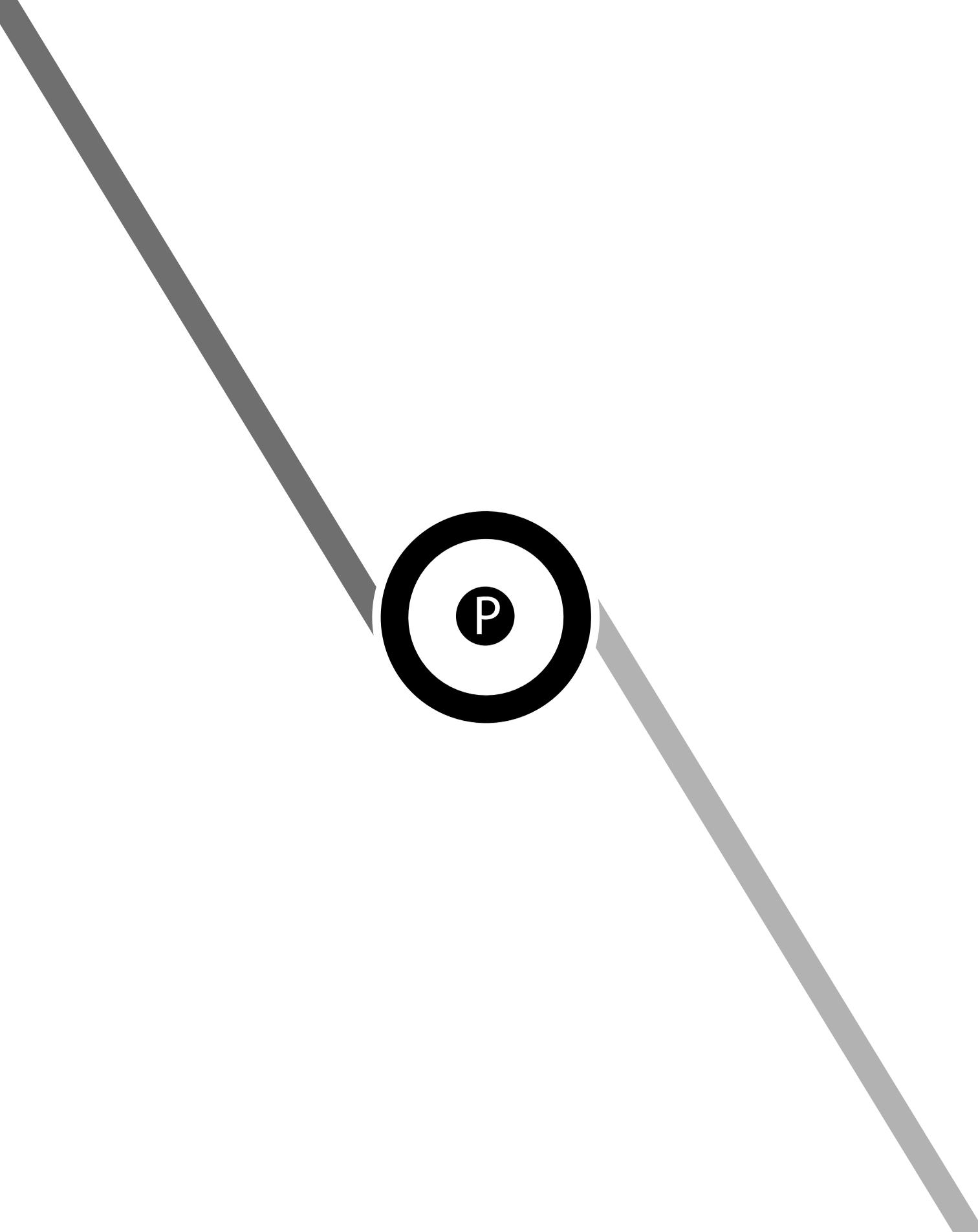
A CONTRALUZ



Sofía Lupercio Macías (Guadalajara, 2001). Ilustradora independiente. Estudiante de animación en la Universidad del Valle de Atemajac. Ha publicado en la revista *Vaivén*.

Instagram: [sofy_lupercio](#) Website: [dopisofy.artstation.com](#)







y no dejaba de soñar.